

**TEMÁTICAS RECURRENTE EN LA OBRA PERIODÍSTICA DE LEILA
GUERRIERO**

DIANA ISABEL CAICEDO ROJAS

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
SANTIAGO DE CALI
2018**

**TEMÁTICAS RECURRENTE EN LA OBRA PERIODÍSTICA DE LEILA
GUERRIERO**

DIANA ISABEL CAICEDO ROJAS

**Monografía presentada como requisito para optar al título de
Licenciada en Literatura**

Director: ALEJANDRO JOSÉ LÓPEZ CÁCERES

Doctor en literatura y medios de comunicación

**UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
SANTIAGO DE CALI**

2018

Nota de aceptación:

Firma del director

Firma del jurado

Firma del jurado

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mis padres por su paciencia, apoyo y confianza. A la U por ser un hermoso territorio con amplia oferta cultural e intelectual. A mis compañeros Didier Andrés, Luis Alfredo, Alejandra García, Brenda Pérez y Sandra Trejos por la complicidad y las charlas con café univalluno. A Lucho por sacarnos las copias y fiarnos cuando no nos alcanzaban las monedas. A mi profesora y amiga Maria Mercedes Ortíz por su apoyo en momentos difíciles y por heredarme su rigurosidad en el trabajo académico. A Alex por *Frutos extraños* y a Santiago Blandón por las charlas “barra brava” de Leila. Y por supuesto al Profe Alejandro López por su voluntad y apoyo a lo largo de este trabajo. A todos ellos, muchas gracias.

ÍNDICE

	Pág.
Introducción.....	6
Capítulo uno: Los nadie: exclusión, marginalidad sexual y excentricidad.....	10
1.1 Exclusión y pobreza.....	11
1.2 Marginalidad sexual.....	20
1.3 La excentricidad.....	23
Capítulo dos: Familias disfuncionales.....	29
Capítulo tres: Evidencia del machismo.....	37
Capítulo cuatro: La narradora que se permite dudar.....	50
Conclusiones.....	57
Bibliografía.....	60

INTRODUCCIÓN

El mito personal, según Charles Mauron, es una fuente profunda o matriz imaginativa que habita en el interior de los escritores. De allí se nutre su obra (Corbatta 19). Dicha matriz está constituida por una diversidad de temas que operan como una constante a lo largo de la obra de un autor; así que ésta vuelve en repetidas ocasiones, varía e introduce matices con el tiempo, como una música que los habita durante toda su vida. Los temas que ellos eligen para escribir no son más que los intereses de la condición humana que los convoca y que, por gusto, trauma u obsesión se encuentran atravesando gran parte de su obra. En esta medida, quizá no sea del todo exacto afirmar que los temas son elegidos por un autor, pues más bien lo que sucede es que dichos temas se imponen de un modo obsesivo –en la medida en que terminan emergiendo, cuando estos acometen la escritura de un texto–. Dicho de otro modo: los temas recurrentes que aparecen en una poética de autor provienen de lo más profundo de su psicología. Esto lo tiene muy claro la periodista argentina Leila Guerriero, cuando dice que: “excepto que se trate de un perfil por encargo, la elección del sujeto a perfilar es el resultado de los gustos –y los traumas– del autor, combinados con la factibilidad de publicar esa historia en algún medio: uno no escribe perfiles para leérselos a la tía sino para publicarlos en alguna parte” (Guerriero 163). Y qué bien que lo diga de esa forma, pues esta investigación se trata precisamente de los temas recurrentes en su trabajo periodístico.

En esta monografía se desarrollará la poética de autor que corresponde a los temas recurrentes dentro de su trabajo y a la concepción dominante que tiene del acto de la escritura. Para esto utilizaremos sus obras publicadas en libros, con excepción de *Plano Americano*, pues no fue posible conseguir el ejemplar. Hechos estos comentarios, pasaremos a enumerar cuales son los temas para los cuales se harán unas consideraciones conceptuales previas y se ejemplificará su presencia dentro de la obra:

Los nadie: exclusión, marginalidad sexual y excentricidad.

Familias disfuncionales.

Evidencia del machismo.

La narradora que se permite dudar.

En el capítulo de los nadie hallaremos una miscelánea de personas que por condiciones económicas, sociales y políticas poseen una calidad de vida precaria. Exploraremos el término “marginalidad” que alude a las condiciones de vida que traen consigo el hambre, la escasa educación, la desocupación y la subocupación. De la misma forma tendremos en cuenta las dimensiones planteadas por el centro de investigación Desal (Desarrollo Social para América Latina) respecto de la noción de marginalidad a saber: la dimensión ecológica, la dimensión socio-psicológica, la dimensión socio-cultural, la dimensión económica y la dimensión política. En este capítulo también encontraremos a las personas que por su condición sexual han sido discriminadas y maltratadas; estos actos de marginación les han ocasionado obstáculos en sus vidas, pero muchos de ellos han decidido transformar su drama y convertirlo en acciones de compasión hacia otros. De igual manera encontraremos a los extravagantes, que no necesariamente se encuentran en condiciones precarias de vida, pero que chocan con las normas culturales de la comunidad en la que se encuentran inmersos. Se trata seres vistos como “raros” que no encajan y generan una sanción social por parte de los demás miembros de la comunidad.

En el capítulo denominado familias disfuncionales encontraremos una serie de situaciones que se presentan en las crónicas: embarazos adolescentes, trabajo infantil, violencia (física y psicológica), cambio de roles, precariedad y abuso; donde la familia, más que ser un apoyo, puede

convertirse en el núcleo que genera el deterioro personal de los integrantes que la conforman. Veremos cómo la violencia recibida en la infancia, es perpetuada en la edad adulta. Uno de los casos más impactantes es el de Ricardo Barrios, quien, ante la violencia física ejercida por su padrastro, amenaza a su madre con matarse si no corta la relación con el maltratador. La madre le responde que se mate y él se ahorca frente a ella.

En el capítulo que evidencia el machismo, luego de definir el término como la ideología que defiende la superioridad y dominio del hombre sobre la mujer; encontraremos historias de mujeres a quienes sus padres no las dejaron estudiar porque “las mujeres no estudian, pues para eso se casan”, mujeres lanzadas al rol que se ha asignado para su género: trabajo doméstico, cuidados y familia, mujeres que tuvieron que huir muy jóvenes de su casa para poder ser; mujeres golpeadas, abandonadas, violadas. De igual manera hallaremos hombres dominantes para quienes acercarse a un rol vinculado con lo femenino es un peligro y la causa del deterioro familiar. Después comentaremos algunas entrevistas hechas a la periodista Guerriero donde ella efectivamente evidencia el peso del machismo y la misoginia en la vida cotidiana.

Por último, trabajaremos la concepción dominante que tiene Guerriero del acto de la escritura periodística, se trata de la inclusión de la duda en la narración. Apoyándonos en la investigación de Pablo Calvi comentaremos de qué manera Leila Guerriero concibe el periodismo como una verdad plural y no como una forma de producir una verdad objetiva. Más que confirmar prejuicios, a Guerriero le interesa escuchar la verdad que las personas han elegido para sí mismas y en una labor minuciosa, amalgama todas esas verdades para entregar al lector un cuadro de verdad cambiante. Este aspecto también se ve reflejado en su vocación periodística porque Guerriero permite que la historia la encuentre; lejos de empeñarse en conseguir un objetivo, deja la curiosidad abierta para que la realidad la sorprenda y así mismo toma decisiones estructurales

dentro de sus crónicas. En este orden de ideas, Guerriero construye sus historias procurando consulta múltiples fuentes; es decir, incorporando puntos de vista diversos sobre los hechos relatados. Cuando llega el momento de tomar partido desde la voz narrativa, ella prefiere mantener esa pluralidad proveniente de la investigación misma. Esto significa que Guerriero no entiende la verdad como el fundamento de su trabajo periodístico, pues relativiza dicha noción de verdad. Sobre la realidad objetiva siempre habrá versiones encontradas; pero incluso el periodista, al confrontar la veracidad de las voces con las cuales se encuentra, duda. La honestidad, entonces, de un narrador no se juzga por la búsqueda de una verdad única y definitiva, sino más bien, en la capacidad de reconocer sus propias limitaciones y dejar constancia de ello en el texto. Tal dispositivo para la escritura constituye uno de los elementos más valiosos en el periodismo que practica esta autora argentina.

CAPÍTULO UNO LOS NADIE: EXCLUSIÓN, MARGINALIDAD SEXUAL Y EXCENTRICIDAD

“Los nadies: los hijos de nadie,
 los dueños de nada.
 Los nadies: los ningunos, los ninguneados,
 corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos,
 rejodidos:
 Que no son, aunque sean.
 Que no hablan idiomas, sino dialectos.
 Que no profesan religiones,
 sino supersticiones.
 Que no hacen arte, sino artesanía.
 Que no practican cultura, sino folklore.
 Que no son seres humanos,
 sino recursos humanos.
 Que no tienen cara, sino brazos.
 Que no tienen nombre, sino número.
 Que no figuran en la historia universal,
 sino en la crónica roja de la prensa local.
 Los nadies,
 que cuestan menos
 que la bala que los mata”.

(Eduardo Galeano)

En el presente capítulo vamos a analizar uno de los temas fundamentales en la poética de autor que rige la obra de la cronista Leila Guerriero. Se trata, en un sentido amplio del término, de la marginalidad. Vamos a indagar sobre algunas definiciones sociológicas que servirán como soporte para ejemplificar el modo en que Guerriero incorpora esta noción de manera implícita en el trabajo de sus crónicas; pero, sobre todo, en lo que compete a la selección de sus personajes y sus temas. En primer lugar, abordaremos el aspecto de la exclusión y la pobreza, que trata aspectos fundamentales de la marginalidad —tales como el hambre, la enfermedad, la escasa educación y la falta de oportunidades; también el acceso limitado o nulo a servicios básicos y la poca participación política y social—. En segunda instancia hablaremos de la marginalidad sexual, la cual oprime, persigue y ridiculiza a quienes tienen orientaciones sexuales diferentes a las hegemónicas —pero que, en algunos casos, se convierte en materia creativa para resistir el mismo desarraigo que genera—. Para finalizar, exploraremos la figura propuesta por la sociología

norteamericana del “marginal-man”, el personaje excéntrico o diferente que la sociedad repele y a veces admira con cierto morbo —como ocurre en el caso de muchos artistas—. A continuación, nos detendremos en el primero de estos temas.

1.1. *Exclusión y pobreza*

Entremos pues al asunto de las definiciones. En un comienzo, el concepto de marginalidad se relacionaba con la teoría desarrollista planteada por la sociología, la cual afirmaba que con la industrialización de los países latinoamericanos se lograría superar el subdesarrollo. A partir de esta premisa, se esperaba una mejora en las condiciones de vida y una aproximación a los países altamente industrializados. El término marginalidad se entiende entonces como “integración aún no alcanzada” de algunos grupos poblacionales; en este orden de ideas, la clasificación de ellos como “marginales” es solamente descriptiva. Sin embargo, después pudo constatarse que con el desarrollo industrial de los países latinoamericanos no se produjo la integración de estas comunidades; por el contrario, los dos sectores en que se dividen en términos generales los grupos poblacionales —el urbano “modernizado” y el rural “no modernizado”— se polarizaron de una manera más marcada. Así las cosas, la democratización de condiciones de vida óptimas ha seguido siendo, en Latinoamérica, más un sueño que una realidad.

El término “marginalidad” alude a condiciones de vida que traen consigo el hambre, la enfermedad, la escasa educación, la desocupación y la subocupación. A finales de los años 40, junto a las grandes ciudades de América Latina, nacen villas miseria o “barrios marginales”. Los sociólogos clasifican la población rural pobre como marginal, especialmente por su posición al margen de la “modernidad urbana” (Bennholdt-Thomsen 1505-1506).

En este orden de ideas, Fernando Cortés en su trabajo “Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social”, cita cinco dimensiones

planteadas por el centro de investigación y acción social Desal (Desarrollo Social para América Latina) respecto de la noción de marginalidad. Miremos a continuación dicha propuesta:

A. La dimensión ecológica. Los marginales viven en viviendas situadas en “círculos de miseria”, casas estropeadas dentro de la ciudad y vecindarios planificados de origen estatal o privado.

B. La dimensión socio-psicológica. Los marginales no son capaces de actuar: solamente pueblan el lugar. Marginalidad es la falta de participación en los beneficios, recursos y decisiones sociales, sus grupos no son unidos, el hombre marginal no puede superar su condición por sí mismo. La marginalidad corroe la médula del potencial del hombre para el auto-mejoramiento voluntario y racional.

C. La dimensión sociocultural. Los marginales presentan bajos niveles de vida, de salud y de vivienda, y bajos niveles culturales y educativos.

D. Dimensión económica. Los marginales se pueden considerar sub-proletarios porque tienen ingresos que solo les permiten subsistir y obtienen empleos inestables.

E. Dimensión política. Los marginales no tienen participación, no están organizados políticamente y no toman parte en las tareas ni responsabilidades para solucionar problemas sociales (Cortés 76).

Una vez retomadas estas consideraciones de carácter sociológico, entremos a analizar la forma en que se muestra el concepto de marginalidad en la obra periodística de Leila Guerriero. Empezaremos refiriéndonos al libro *Los suicidas del fin del mundo*. Ésta es una crónica sobre la localidad de Las Heras, perteneciente a la provincia argentina de Santa Cruz, en la Patagonia, entre los años 1997 y 1999. Una oleada de suicidios arrasó esta tierra petrolera y árida, donde la mayoría de los protagonistas son personas alrededor de los veinticinco años, pertenecientes a familias

modestas, oriundas de la zona. Guerriero viajó allí e interrogó a todo el que tuviera alguna aportación para reconstruir un relato de los funestos episodios ocurridos en este pequeño lugar alejado de las grandes ciudades. La realidad de Las Heras, su alta tasa de desempleo y la falta de futuro para los jóvenes plantea una pregunta no resuelta. Y ante tal encrucijada, al parecer, muchos de estos jóvenes se plantean el suicidio como destino, lo cual, hasta hoy, es una tragedia que sigue ocurriendo.

En un apartado del libro, Guerriero dialoga con una amiga de Mónica (quien es una de las jóvenes que se ha suicidado). He aquí la reproducción de dicho diálogo:

—¿Y por qué ibas a estudiar radiología, entonces?

—Porque era una carrera corta que te permitía ser alguien.

Ser alguien era algo que querían ser muchos ahí en Las Heras. Ser alguien, decían. Como si ellos, así, no fueran nadie, nada (Guerriero 40).

Es muy común en las conversaciones cotidianas escuchar la expresión de “estudiar para ser alguien”; pero dado el contexto, Leila reflexiona sobre la condición de las personas de Las Heras y lanza el dardo en la diana desde el principio: *como si no fueran nadie, nada*.

Escribe Leila que la Organización Mundial de la Salud y la Asociación Argentina de Prevención del Suicidio tienen datos precisos de conteo y causas que lo ocasionan. Hay datos de La Pampa, Chubut y otras localidades; pero Las Heras no tiene datos propios. Aún en lo trágico la marginalidad se replica. En 1999 se hizo un estudio en Las Heras sobre la población, el cual arrojó conclusiones sobre factores como trabajo, salario, vivienda; igualmente, sobre la industria del petróleo y sobre los habitantes transitorios que pasan por el pueblo. Pero nadie preguntó nunca sobre los suicidios, nos dice Leila. La omisión de una problemática tan grave en un lugar

marginado no es gratuita y tampoco es gratuito que Guerriero lo mencione así, pues da cuenta de la ausencia estatal en que se encuentra la localidad de Las Heras: un pueblo ninguneado.

Otro caso de la marginalidad que se investiga en este relato es el de Demetria Salas, oriunda de Las Heras. Ella cuenta que pensó en irse de ahí, pero no lo hizo. A los quince empezó a tener hijos y tuvo ocho en total; ella nos dice que:

Hubiese preferido tener menos, pero no podía parar. Yo le pedía a la virgen que no me diera más hijos, pero nada. Ahora hay agua y pañales, pero antes era muy difícil. Sin pañales, sin agua caliente. Y pasábamos hambre. Ahora estoy hace más de doce años con mi marido, que es hombre de campo, más vive en el campo que acá. Pero con mi primera pareja era una mala vida que vivía. Mal, golpeada, una vida malísima (Guerriero 144).

Esta voz es el claro ejemplo de la dimensión socio-psicológica de la marginalidad. Porque no hay capacidad de actuar, no hay una participación siquiera en su propia vida, en su sexualidad; es como si no pudiera superar su condición por sí misma, para un auto-mejoramiento. Esta situación también tiene que ver con la dimensión sociocultural: bajos niveles de vida, de educación, culturales y de salud. De la misma dimensión hace parte la siguiente cita donde Demetria nos habla de su marido de la siguiente manera:

—Él no quiso que sus hijos fueran al colegio porque decía que le iban a enseñar cosas malas, que les iban a meter cosas en la cabeza. Yo le decía «nosotros no sabemos, que sepan ellos al menos». Pero no. A mí me hubiera gustado estudiar, ser alguien, ser algo en la vida, no estar pasando lo que estoy pasando ahora. No saber leer, no saber escribir. Tener que estar molestando a tu hijo, a tu vecina para que te lea una carta (Guerriero 145)

Hay un sentimiento de impotencia en Demetria, por la limitación cultural que le supone no haber estudiado, no saber leer y tener que recurrir a otros para hacer tareas tan básicas como leer o escribir una carta. De igual manera, se ve reflejada una imposición arbitraria del esposo frente a los hijos impidiéndoles educarse, haciendo que subsista la condición de marginalidad en su

dimensión socio-cultural. Guerriero nos cuenta que Demetria muere dos años después debido a una enfermedad.

En el libro titulado *Una historia sencilla*, la noción de lo marginal introduce un matiz completamente diferente. En este caso, la comunidad protagonista de los hechos contados por Guerriero —aunque instalada en la periferia y excluida de los beneficios que un centro urbano propicia— no limita sus posibilidades; es decir, no admite la mera condición de paciente. Los integrantes de dicha comunidad no son marginales en el sentido estricto, pues logran redimir sus condiciones de desigualdad construyendo y desarrollando dinámicas propias de legitimación. Concretamente, el concurso de baile que estructura el relato contado aquí por Guerriero, opera como un ritual simbólico que le permite a toda la comunidad —y a los bailarines— reconocerse en sus propias lógicas; en otras palabras, aquel certamen de baile otorga prestigio social a los bailarines, puntualmente a quienes se constituyen en campeones. Resulta interesante ver cómo se introduce un matiz diferente ligado al modo en que la cultura proporciona dinámicas propias de reivindicación y legitimación; en este sentido, el término “marginalidad” no aplicaría en sentido estricto. A pesar de las condiciones de pobreza en que viven, quizá en este caso habría que usar el término “periférico” o alguna expresión parecida para referirse a la comunidad en cuestión. Hay, pues, una esencia dignificante en el modo en que se construye la comunidad de *Una historia sencilla* y lo que representa para ellos el concurso de baile.

Esta crónica es la historia de un bailarín del Festival Nacional de Malambo de Laborde: Rodolfo González Alcántara, un hombre humilde que avanza tras un sueño: quedar campeón del certamen. Un malambista es como un semi-Dios; así que, aparte de verse bien, debe comportarse a la altura y ser un ejemplo para los que quieren aspirar al título de campeón. Lo interesante de esta competencia es que implica un gran rigor en los entrenos y un enorme sacrificio económico y

humano para quienes participan. Y resulta curioso el hecho de que, una vez alguien queda campeón, no puede volver a presentarse a ninguna competencia posterior; así, el malambo con que lo coronan, es también el último de su vida.

Aunque muchos se meten a bailar malambo por la falta de oportunidades económicas, no toda la gloria se encuentra ahí. El honor, el himno, la vestimenta y las buenas costumbres de un bailarín de malambo resignifican las condiciones precarias que se tienen y dignifican a los bailarines y a sus familias.

Ahora bien, quienes suelen participar en este concurso de malambo se ven enfrentados a situaciones de supervivencia sumamente complejas. Rodolfo, el protagonista de esta historia, recuerda lo difícil que fue su infancia. Nos dice: “Cuando me mandaba plata, guardaba para el pan del día y a veces me compraba carne picada. Es duro ver que lo único que tenés para comer es arroz con leche, o polenta con leche, o harina con leche, y que el de al lado se está comiendo una milanesa” (Guerriero 82).

Y respecto de su juventud afirma:

El otro día estaba sentado en casa. Miraba el mueble del living y pensaba: «Me acuerdo cuando lo compramos, y cuando compramos el equipo de música.» Cada cosa era un esfuerzo enorme. Comprábamos algo y no sabíamos si íbamos a tener para comer. Un día estábamos en pleno y le digo: «Negra, vamos a comprarnos un ventilador chiquito.» Terminamos comprando un ventilador turbo impresionante. Cuando llegamos a casa me dice: «Rodo, ¿a vos te queda plata para comer?» Y le digo: «No, ¿y a vos?», «No.» Y nos empezamos a matar de risa. A veces no teníamos plata ni para tomar el tren. Yo tengo unos zapatitos con la suela lisa. La hacía pagar a Miriam su pasaje y yo tomaba carrera y resbalaba con los zapatitos por debajo de los molinetes del subte. Una vez teníamos cincuenta centavos cada uno, justo para tomar el colectivo hasta casa. Pero para llegar al colectivo teníamos que tomar el tren. Y si pagábamos el tren no nos quedaba para el colectivo. Como era el último tren de la noche nos subimos sin pagar. Ya estábamos llegando a la estación cuando apareció el guarda: «boletos, chicos». Le dimos lo que teníamos y tuvimos que caminar treinta cuadras hasta casa, a la una de la mañana. Pero esto no es doloroso.

Lo que si te resulta doloroso es cuando no tenés para comer. Llegar a casa con la negra y ver que no tenés nada, y ver al otro llorando de hambre. Eso te lastima” (Guerriero 85).

Aunque las condiciones económicas y sociales son complejas, Rodolfo vive su cotidianidad sin victimizarse. Hace una especie de poesía de la precariedad con sus historias y se resiste a una condición de marginalidad, a pesar de que, en su barrio, *mataderos*, mataron a su sobrino y que en el GPS sale la indicación: “zona peligrosa”.

En el libro *Zona de obras*, particularmente en la crónica “El bovarismo, dos mujeres y un pueblo de La pampa”, cuando habla de Maria Luisa Castillo, dice que “Luisa era discreta, tímida, pacífica. Vivía en un barrio alejado, en una casa con piso de tierra, sin agua corriente ni cloacas. Dormía, con un hermano mayor y con sus padres, en un dormitorio separado del comedor y la cocina por un trozo de tela” (Guerriero 18). Claramente se evidencia la “villa miseria” en que vive con bajas condiciones de vivienda y además ubicada en el sector rural.

En una entrevista que le hicieron en Casa de las Américas a Guerriero, ella dice acerca de *Una historia sencilla* que Rodolfo tiene una humildad que no tiene que ver con la marginalidad y que tiene un instinto salvaje de *yo voy por lo que quiero*. Comenta que la de Rodolfo es la historia de un esfuerzo épico por no tener una vida gris y esa es la historia de mucha gente; entonces, eso hace que se pueda leer en Argentina, España, México, etc.

Rastreada esta noción que más que “marginalidad” es la reivindicación de la condición periférica que se da por medio de la cultura, pasemos a analizar la marginalidad desde la exclusión y pobreza en el libro *Frutos extraños*, una antología de crónicas hechas por Leila Guerriero entre 2001 y 2008.

En *El gigante que quiso ser grande*, encontramos lo siguiente sobre Jorge González:

—Cuando uno no es consciente de la miseria, lo pasa bien.

Jorge González creció sabiendo qué cosa eran los lujos:

Todo lo que él y su familiar no podían hacer. Ir al cine, comprar ropa, tomar gaseosas, un helado.

—Éramos muy pobres, pero yo tenía un gran alivio cuando llegaba a casa. Mi mamá era todo para mí. Yo le ponía la cabeza en el regazo y ella me empezaba a tocar despacito, como cuando los monos les tocan la cabeza a los monitos. Me sentía tan vulnerable, tan protegido—.

Estas características que menciona Jorge hacen parte de la dimensión socio-cultural de la marginalidad. Él y su familia se encuentran excluidos de actividades culturales o pequeños gustos por cuestiones económicas. A pesar de todo esto Jorge recuerda los mimos de su mamá que lo hacían sentir tan protegido. Después veremos que cuando entró a jugar al Hindú Club de Resistencia, un club de básquet (por su gran tamaño), empezó a conocer esos placeres que le fueron negados en la infancia, pero de todas formas no fue fácil:

—En el Hindú Club, me mandaron a un hotel y me dieron un adelanto de plata que era el equivalente a lo que yo ganaba en seis meses. Le mandé la mitad a mi vieja, me compré diez cigarrillos, encendedor, me fui a bañar y me emborraché. Yo nunca había estado en un hotel, así que cuando me bañaba secaba los azulejos, tendía la cama. La primera vez que quise bajar no sabía cómo funcionaba el ascensor. Entraba y salía, y pensaba «¿Cómo bajo?». Volví a la habitación, levanté un teléfono, un tipo dijo «Hola», le dije «Mire, quiero bajar y no sé». Me tuvieron que venir a buscar. Pero yo estaba en la gloria. Yo no conocía el jabón de tocador, siempre me había bañado con jabón de lavar la ropa, café no había tomado nunca. Y en Resistencia había de todo. Jabón, café, ravioles, bifés. Nada podía ser mejor que eso (Guerriero 7).

El choque con lo que ha sido desconocido es fuerte, de todas formas parece como si la vida hubiera querido recompensarlo, pues todo lo que no tuvo en la infancia lo tuvo después.

La Patagonia, crónica escrita en 2007, es un claro ejemplo de marginalidad. A pesar de ser un lugar turístico, la meseta central es una pampa yerma, desierta y feroz; con arbustos y ramas secas. Cuenta Guerriero que en la casa de Inés Calfupán, en Las Chapas,

Las paredes están ennegrecidas por el humo del candil. Inés no tiene luz eléctrica.

—Dice el gobierno que es muy caro traer la luz hasta acá para dos personas nomás.

Pocas cosas llegan hasta aquí: ni luz, ni diarios, ni noticias. El único teléfono que hay es el de la gasolinera, y casi nunca funciona (Guerriero 105).

En Las Chapas se evidencia la desprotección del estado para suplir necesidades básicas como la energía y las comunicaciones telefónicas. Esta es una población rural que se encuentra en la periferia, pues no tiene participación política y se atiene a lo que digan los gobiernos. En la dimensión sociocultural planteada por Fernando Cortés, en “Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social”, se menciona que los marginales presentan bajos niveles de vida, de vivienda, salud, escolares y educativos (Cortés). De la misma manera, encontramos el caso de Mercedes Carrimán, quien le cuenta a Guerriero:

—Ahora estoy yendo a la escuela, pero no sé unir las letras.

Le pregunto si sabe lo que dice la gorra que usa y contesta que no, que se la regaló su hermana.

—Dice «Isla de Bali».

Que no sabe qué es eso, responde. Que no sabe qué cosa es una isla (Guerriero 107).

Pasemos a otra de las crónicas de *Frutos extraños*; concretamente, la que se titula *Vida del señor sombrero*, donde se evidencia la marginalidad que caracteriza a las poblaciones periféricas, cuyos habitantes carecen de respuesta a sus necesidades básicas. Este es el caso de Homero Alsina, un crítico de cine y periodista que le cuenta a Guerriero lo siguiente:

—Aquí, en este terreno donde estamos ahora, mi madre hizo un ranchito con su sueldo de maestra y mucho sacrificio. Nunca me morí de hambre, pero necesidades hubo, y envidia por la gente rica también. Siempre tuve la diferencia entre lo que se puede y lo que no se puede. Toda la vida me impresionó una frase de Scott Fitzgerald, de un tipo pobre con la nariz apretada contra el vidrio, mirando la fiesta desde afuera. Nada. Mi vida era eso (Guerriero 30).

En este hombre vemos manifiesto el sentimiento de desigualdad; pero esa condición de marginalidad no lo empuja al fondo de los desahuciados, ni se convierte en odio irremediable. Al contrario, dicha marginalidad se exorciza y se convierte en arte.

Hechas estas observaciones respecto a la marginalidad asociada a la exclusión y la pobreza que se encuentra presente en las personas que nutren la obra periodística de Leila Guerriero, pasaremos a explorar el concepto de “marginalidad sexual” y su presencia en dicha obra.

1.2. Marginalidad sexual

La marginalidad sexual es un tema que va a ocuparnos en este apartado del análisis, pues se encuentra presente en las crónicas de Leila Guerriero. Esta es una condición que obliga a quienes tienen una sexualidad diferente a la hegemónica a actuar con una enorme valentía, dado que las dinámicas de exclusión social suelen expresarse con una agresiva discriminación. Carlos Monsiváis, en su artículo “De la marginalidad sexual en América Latina ‘hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos’”, comenta el caso del poeta mexicano Salvador Novo en los siguientes términos:

[Novo] se vuelve desesperadamente moderno y, al mismo tiempo, acomete su condición gay como si fuera —por así decirlo— una empresa revolucionaria, con la intrepidez y el apetito interminable muy propios de toda minoría reprimida que con su comportamiento se adueña de nuevos espacios (Monsiváis 130).

Menciona Monsiváis, asimismo, otros casos similares cuando se refiere al poeta Emilio Ballagas. Nos dice que la marginalidad no le ocurría frente a la sociedad, sino consigo mismo; Ballagas se estimaba un ser al margen de sí mismo. En el caso del artista Pedro Lemebel, afirma Monsiváis que la gente sentía una mezcla de admiración, morbo y extrañeza, con lo cual éste se acostumbró a una suerte de persecución. De igual manera, nos dice: “A los gays, sólo

secundariamente se les reprime por ser distintos; en primerísimo lugar se les acosa, maltrata, humilla e incluso asesina con el fin de que los verdugos y sus cómplices aquilaten la mitomanía de su importancia viril” (Monsivais 138). De todos modos, hay casos en que la marginación originada de la homosexualidad, lejos de ser una causa de exilio interior, se convierte en un potencial que ayuda a transformar la tragedia de la discriminación en materia creativa y ese es un acto de resistencia (Monsivais 144).

Pasemos ahora a rastrear la marginalidad sexual en una de las personas más interesantes que aparece registrada en *Los suicidas del fin del mundo*. Pedro Beltrán es profesor y poeta. Leila comenta que en la localidad de Las Heras se habla de él con un respeto ambiguo, como quien admira a un hijo pródigo, pero también lamenta una pequeña falla. Cuando Pedro llegó a Las Heras tenía plataformas y ojos pintados. Todos creían que tenía sida. Él se dijo para sí que les demostraría lo que sabía, y desde 1993 empezó a dar clases de inglés en las escuelas. Cuenta cómo logró establecer con sus estudiantes, los niños de Las Heras, una fuerte empatía basada en el interés genuino que les concedió; de algún modo, se identificó con ellos, pues tampoco estos niños solían ser escuchados en sus entornos familiares. Dice que ellos le contaron asuntos de los que no hablaban con nadie. Leila le pregunta:

—¿Y por qué a vos te cuentan cosas que no le cuentan a nadie?

—Porque me ven que también estoy marginado y sobre todo porque no oculto nada, ni los juzgo. Yo voy así a dar clases, como me ves. Yo creo que me ven como alguien que los entiende (Guerriero 64).

Más adelante esta misma persona, Pedro, le dice a Guerriero:

Dejé la facultad porque me hartaron los militares. Si eras maricón sabés como te pegaban... Una vuelta salí de la catedral y nos llevaron a todos, ay nena, qué mal que la pasé. Viste que a

nosotros nos perseguían, yo vivía preso. Y yo decía qué había hecho, si yo iba a la catedral y a la universidad, qué había hecho. Así que dejé el estudio y empecé a rodar (Guerriero 66).

Tenemos ante nosotros un claro ejemplo de marginalidad sexual. Pedro es acosado y maltratado por su condición gay, hasta hacerlo desertar de la universidad. El hostigamiento hace que no pueda continuar su vida académica como los demás, por el hecho de no tener las mismas preferencias sexuales. Pedro empezó a trabajar en la noche por un plato de comida, a beber en exceso y no le importaba comer o no en Navidad; dormía donde fuera, andaba tirado. Él mismo después va a decir que “en cada animal que veo tirado me veo yo cuando estuve tirado” (Guerriero 67). Por eso, Pedro tiene muchos perros en su casa, perros que él mismo recogió, entablilló y curó.

Pero no solamente los gays son marginados. Vemos que Laura, la hija de una trabajadora sexual de Las Heras, también sufre la marginación gracias a la ocupación de su madre. Laura llegó de Trelew a Las Heras con su mamá, huyendo de un tío violador. Leila nos dice que:

No fue fácil. Ese equilibrio difícil con que el pueblo tolera sus propios márgenes —esa mezcla de asombro y de prejuicio, de orgullo y crítica por las mismas cosas— azotó a Laura en plena cara. En el colegio le hacían mofa de la madre nocturna, pero ella prefería cualquier cosa a esa abuela y aquel tío (Guerriero 105).

Laura es excluida porque su mamá trabaja con su cuerpo. Claramente se evidencia una marginalidad sexual. A pesar de que muchas de las mujeres de Las Heras adquieren este trabajo, la comunidad sigue viendo con ojos de desaprobación el hecho de trabajar en “las whiskerías”, como las llaman en el lugar. De todos modos, para Laura cualquier cosa es mejor que quedarse en Trelew con su tío violador y su abuela, pasiva e incrédula. Vemos pues que la condición de quien padece la marginalidad sexual es conflictiva y se inscribe en una fuerte victimización.

Explorada la noción de “marginalidad sexual”, pasemos a la última secuencia de este capítulo, la cual corresponde a la marginalidad asociada a la excentricidad.

1.3. La excentricidad

En contraste con las definiciones anteriormente exploradas, la noción de marginalidad en la sociología norteamericana suele relacionarse con la idea del “marginal-man” (que tematiza la situación de conflicto de un individuo con los demás miembros de una minoría étnica o con un grupo social determinado). Entonces —mientras que la sociología latinoamericana se enfoca en explicar el gran fenómeno social que pone en relación el desarrollo, el subdesarrollo y la modernidad—, en los Estados Unidos el interés suele recaer sobre el personaje marginal (Bennholdt-Thom-sen 1507).

Según Peter A. Johnson en su artículo “The Marginal Man” publicado en el periódico de la Universidad de California The Pacific Sociological Review, en todas las sociedades se conocen conductas alternativas y/o conflictivas que son sancionadas. La marginalidad situacional está relacionada con la diferencia y el cambio; por eso, nos dice, casi todos hemos experimentado una situación de marginalidad. Podríamos decir que en el texto de Johnson se define a los individuos marginales como aquellos que están en la delgada línea de un grupo y otro —es decir, que sienten que pertenecen y a la vez no a grupos particulares, que aceptan y no las culturas de dichos grupos; en última instancia, que no encajan—. Hablamos de una especie de marginalidad centrada en el sujeto, en contraposición a esa marginalidad de grupos que suele plantearse en la sociología latinoamericana. De la misma manera, explica Johnson, estos marginales no proceden necesariamente de un grupo desfavorecido; aunque también puede darse el caso y ahí estaría dándose lo que se puede llamar “una minoría dentro de una minoría”. Estos personajes son, entonces, individuos que se instalan en una situación contraria a los valores culturales de la sociedad en la que están inmersos (Johnson 71-72).

Esta marginalidad (la de los odiados, los que sobran, los que la sociedad repele) es la que va a ocuparnos en este apartado y que Guerriero pone de manifiesto en su obra. Pero adicional a los ejemplos que se citarán a continuación, y que responden a su obra periodística, Guerriero también se ha ocupado del tema en compilaciones de crónicas tales como “Los malos”, donde los diferentes autores antologados dibujan un mapa oscuro de América Latina (la vida y la obra de malos inapelables: el creador de la policía política en la dictadura de Pinochet, un militar argentino de los años 70, un asesino mexicano que trabaja para narcotraficantes, un colombiano paramilitar, un chileno violador y asesino de mujeres, una mujer policía argentina que caza militares de izquierda en los años 70, entre otros). De la misma manera, está el caso de “Los malditos”, otra recopilación, esta vez de escritores extraños (tristes, suicidas, nazis, desasosegados, inconformes, drogadictos), quienes decidieron dejar huella a su paso.

Dejado de manifiesto lo anterior, será conveniente que pasemos a profundizar este tipo de marginalidad en *Los suicidas del fin del mundo*, material pertinente para el desarrollo de este análisis. Jorge Salvatierra es el peluquero más caro de la localidad de Las Heras: es el mejor, según afirma él mismo. Podría decirse que es un marginal-man, porque es el bicho raro que nunca encajó; además, es un excéntrico. Cuando Leila lo visita, éste le dice:

—Lo feo de acá es estar solo. A todo el mundo le digo «búscate un perro, la más fea, la más linda, el más feo, el más lindo, no importa, si te quiere quedate con él, pero no te quedés sola, porque no es bueno». Porque uno se hace grande, y no tenés con quién compartir una ensalada, una película, ir a comprar. Igual, para nosotros es difícil.

—¿Nosotros quienes?

—Nosotros lo putos. En este pueblo no podés hacer una vida normal, vivir con alguien. Acá la mayoría de los trolos son tapados, viste. Yo siempre fui un trolo que no encajó con los demás (Guerriero 115).

Jorge tiene la peluquería empapelada con imágenes de muchachos erectos y con el trasero al aire. Le dice a Leila que le encantaría tener a Brad Pitt; pero que eso es lo que tiene, que él y sus amigos son los maricas pobres de Las Heras. Jorge encaja en una doble marginalidad: la primera es la sexual, la segunda es la “minoría dentro de la minoría”; esto es: la del “marginal-man” — Jorge se encuentra en la periferia y además es un bicho raro que no se identifica con los valores culturales de la sociedad donde se encuentra—.

Asimismo, en el libro *Frutos extraños* encontramos la crónica *Tres tristes tazas de té*, en la cual se pone de manifiesto el concepto de “maginal-man” (o quizá debería decirse “marginal-woman”). Se trata de la historia de María de las Mercedes Bernardina Bolla, “Yiya”, una profesora que no ejerció y decidió dedicarse a la usura. Recolectaba dinero de sus conocidas, lo depositaba en el banco durante un tiempo y lo devolvía con intereses a sus ingenuas amigas, a cambio de una comisión. Era 1979 en Argentina y la dictadura militar venía acompañada de una situación económica singular: los bancos pagaban muy buenos intereses y el dinero se multiplicaba por tres en corto plazo. Fue así como sus tres amigas: Nilda, Lelia y Carmen Zulema terminaron haciendo el último negocio de sus vidas. Por no pagarles, “Yiya” decidió que, con intervalos de tiempo, pondría cianuro en el té de cada una.

A Nilda le diagnosticaron paro cardíaco, a Lelia la encontraron podrida en su apartamento con una taza de té en el piso. Carmen Zulema, por su parte, sintió un día ganas de vomitar y salió de su casa a pedir auxilio —“Yiya” entró al apartamento, buscó un papel e insistió en acompañarla en la ambulancia—. Antes de llegar al hospital, Carmen murió.

Diana María, hija de Carmen Zulema, recordó que “Yiya” tenía una deuda con las tres; así que buscó el papel firmado donde “Yiya” se comprometía a devolver el dinero y no lo encontró. Fue a la policía. Tras probarse se responsabilidad, “Yiya” fue condenada a cadena perpetua por

homicidio calificado en tres oportunidades y por estafa al patrimonio de las tres mujeres. A los diez años salió en libertad por una conmutación de penas y apareció en varios programas de TV diciendo que era inocente. Después desapareció durante un tiempo.

Cuando Leila se entrevista con “Yiya”, insiste en que no fue ella quien cometió los homicidios. Su hijo Martín Murano publicó un libro llamado *Mi madre*, en cual dice lo siguiente (Guerriero lo cita en su libro así):

«Desde que tenía cuatro o cinco años, empezó a nacer en mí un sentimiento de repulsión hacia mi madre. A ella se le hacía cada vez más difícil sostener sus mentiras y yo había aprendido a simular que le creía, a predecir sus actitudes. Me perturbaban, no obstante, las advertencias que me hacía sobre las calamidades que caerían sobre mí cuando ella muriera. Cada vez que me portaba mal ella me decía “Cuando yo ya no esté te vas a acordar lo que te decía” [...] Su personalidad era dominante: antes que amigas o amigos, tenía seguidores. No se atrevían a contradecirla. Ella hacía y deshacía sobre la vida de los demás» (Guerriero 190).

Un personaje extravagante, dominante y teatral es claramente marginal, sólo que “Yiya” camina la línea del amor, del odio y del crimen —de la repulsión a la pasión, del encono a la admiración— y quizá eso la auto-protege, la lleva a creerse su versión de sí misma.

Pasemos a otro de los libros escritos por Guerriero. A continuación, citaré un aparte del artículo *La imprescindible invisibilidad del ser, o la lección de Homero* perteneciente al libro *Zona de obras*. Nos detendremos aquí al cierre de este capítulo, dado que la característica general de los textos que componen este libro es su auto-reflexividad; en otras palabras, la mayoría de estas crónicas y ensayos regresan sobre el oficio del cronista, sobre el modo en que Guerriero lo entiende, lo practica y lo conceptualiza. Veamos lo que nos dice a continuación:

Yo no sé por qué me interesan las historias que me interesan —una larga lista de mutilados, gigantes, bateristas con síndrome de down, directores de cine porno, chinos de supermercado, mafiosos, envenenadoras y magos—, aunque creo que todas tienen algo en común: se trata de

historias que han sido recorridas hasta el hartazgo por diarios y revistas y en las que, a veces, veo un rayo: la sospecha de que, a pesar de todo, queda todo por decir. Y entonces el monstruo de mi curiosidad se despierta y yo ya no soy yo sino un pescador en mar espeso, sin caña y sin anzuelo, sin más estrategia que la pura paciencia y los ojos abiertos (Guerriero 163).

En este fragmento se corrobora el vivaz interés de Guerriero por los raros, los extravagantes; es decir, por esos seres que la sociedad admira mucho, repele o mira con cierto resquemor. De igual manera, en la entrevista que Ramón Lobo le hace a Guerriero en 2013 (que titula «El periodismo objetivo es la gran mentira del universo, todo es subjetivo»), ella dice:

En el caso de mi primer libro me llegó una gacetilla, como le llegó a todos los periodistas del diario La Nación, donde trabajaba, de una ONG llamada Poder Ciudadano. Informaban que iban a implantar un plan de resolución de conflictos entre jóvenes y adultos en un pueblo perdido de la Patagonia llamado Las Heras. Lo iban a hacer porque allí había un enorme conflicto: en un año y medio se habían suicidado 22 personas. Era un pueblo petrolero con un 30% de desocupación. Me dije que no podía ser verdad, y si lo era, entonces ese lugar sería como Macondo. Lo guardé y ese mismo día —era 2002— corrí a fotocopiar la guía de teléfonos de Las Heras. Empecé a llamar y a confirmar la historia. Era real, asombroso. La gacetilla sobre Las Heras me disparó algo que a los otros ochocientos trabajadores del diario no les disparó (Lobo “Jot Down”).

Solo a ella le pareció asombroso, a una, de ochocientos trabajadores. Esa información que le evocó a Macondo la llevó a la localidad de Las Heras y a la escritura del libro que hoy conocemos como *Los suicidas del fin del mundo*. Este libro no es más que una colección de marginalidades que se encuentran todas en un mismo pueblo —donde sopla un viento helado y donde llegan todos aquellos que no tienen otro remedio más que trabajar en el petróleo o en la prostitución—. En Las Heras, aquél que quiera estudiar debe salir o quedarse a protagonizar la tragedia que pareciera ser la condena del lugar: el aburrimiento y, consiguientemente, el suicidio.

Una vez explorada la cuestión de la marginalidad —en los tres subtemas que hemos propuesto para indagarla con mayor precisión—, pasemos al siguiente capítulo, el cual se ocupa del tema de las familias disfuncionales. Dicho tema también se evidencia en el corpus seleccionado de la periodista argentina Leila Guerriero, obra que nos sirve de objeto en esta investigación monográfica.

CAPÍTULO DOS: FAMILIAS DISFUNCIONALES

“Todas las familias felices se parecen; las desgraciadas lo son cada una a su modo”
(León Tolstoi)

En este capítulo exploraremos la noción de familia disfuncional indagando en definiciones pertenecientes al campo de la psicología. En primera instancia, mencionaremos las funciones que debe cumplir la familia con cada uno de sus miembros y explicaremos por qué es importante el buen funcionamiento familiar dentro de la sociedad. En un segundo momento nos aproximaremos a la definición de familia disfuncional, exponiendo una serie de características propuestas por expertos para acercarnos al concepto. Para finalizar, rastreamos la presencia de esta temática en la obra escogida de la periodista argentina Leila Guerriero.

Para abordar el tema de la importancia de la familia comencemos con Inés Domínguez, quien en su artículo “Influencia de la familia en la sexualidad adolescente” afirma que la familia compone la esencia primaria del ser, pues es ahí donde genera sus primeros sentimientos, vivencias y pautas de comportamiento. Comenta Domínguez que la familia debe satisfacer las necesidades básicas psicológicas, biológicas y sociales de los individuos que la componen, pues con esas bases ellos podrán desenvolverse de manera idónea en diferentes grupos sociales a lo largo de su vida. Las relaciones familiares crean habilidades y capacidades para que el individuo cumpla un rol apropiado dentro de la sociedad. (Domínguez 388)

Entrando en las definiciones de familia disfuncional encontramos, en primer lugar, la revista Cubana de Medicina General Integral, donde la psicóloga Patricia Herrera manifiesta que algunos estudiosos plantean que la familia puede llamarse “disfuncional” cuando no tiene la capacidad de asumir cambios, cuando sus reglas le impiden ajustarse al ciclo y desarrollo de sus miembros. Dice que para otros autores las características disfuncionales responden a la

incompetencia familiar y el incumplimiento de sus funciones básicas. Herrera propone los siguientes indicadores para medir el funcionamiento familiar:

1. Cumplimiento eficaz de sus funciones: (económica, biológica y cultural-espiritual).
2. Que el sistema familiar permita el avance de la autonomía y el desarrollo de identidad de sus miembros. Debe haber un equilibrio entre el sentido de pertenencia familiar y la independencia de cada uno de sus miembros.
3. Que en la familia existan reglas y roles para solucionar conflictos. Se considera funcional una familia cuando los roles asignados a cada miembro son aceptados por ellos y además son claros. No debe haber sobrecarga de tareas en uno de los miembros (caso de madres en familias monoparentales o por estereotipos genéricos en cuanto a funciones masculinas y femeninas). Otro de los aspectos esenciales es la existencia de las jerarquías: la horizontal que es cuando se tiene el mismo poder: los integrantes del matrimonio; y la vertical que son los diferentes niveles de jerarquía: relación padres-hijos. La familia se hace disfuncional cuando se invierte la jerarquía o cuando se confunde con autoritarismo.
4. Que en la familia haya una comunicación coherente y afectiva para compartir los problemas.
5. Que la familia se adapte a los cambios sin rigidez, modificando sus límites, sus sistemas jerárquicos, sus roles y sus reglas. Así podrá enfrentar momentos críticos y mantener un equilibrio psicológico de sus integrantes. (Herrera 591-595)

En segundo lugar, para el psicólogo Sebastián Méndez, la familia disfuncional es una familia que no puede cubrir las necesidades materiales, educativas, afectivas o psicológicas de sus miembros, en especial de los niños. Esto origina varios conflictos que hacen que la familia sea “no

funcional” respecto al medio en que se encuentra. Disfuncional alude a que no se cumple la función o rol encomendado por la sociedad. Las características que tienen este tipo de familias son:

- a. Existencia de violencia familiar.
- b. Inmadurez de los padres.
- c. Dependencia emocional.
- d. Adicciones a sustancias y alcohol.
- e. Problemas de salud mental.
- f. Actividades delictivas de los padres.
- g. Problemas en la familia por situaciones de relacionamiento conflictivo entre sus miembros.
- h. Educación excesivamente severa o demasiado laxa.

El hogar es el nexo entre el individuo y la sociedad, por ende, los problemas de la familia se trasladan hacia la sociedad, es por eso que se denominan disfuncionales. (Méndez)

En un tercer lugar, tenemos el sitio web salud180. En él se caracteriza a las familias disfuncionales de la siguiente manera:

1. Padres deficientes: padres que tienen enfermedades mentales, los hijos deben asumir responsabilidades de adultos desde temprana edad.
2. Priorizan las necesidades emocionales de los adultos: los niños aprenden a ignorar sus propias necesidades y sentimientos.
3. Padres asfixiantes: no les permiten a sus hijos asumir responsabilidades ni las consecuencias de sus actos. Estos padres sienten temor de que los hijos dejen de necesitarlos.

4. Adicción: las familias adictas suelen ser impredecibles y caóticas. Los padres son estrictos unas veces e indiferentes otras. La expresión emocional es escasa.
5. Abusos: pueden presentarse de tipo verbal, físico o sexual.
6. No hay cuidados: se explota a los hijos para satisfacer las necesidades emocionales y físicas de los adultos.
7. Los hijos son parte de la crisis: se obliga a los hijos a tomar partido del conflicto de los padres. (salud180)

Hechas estas precisiones conceptuales, comencemos a examinar la presencia del concepto de familias disfuncionales en la obra periodística de Leila Guerriero. Refiramonos al libro anteriormente reseñado *Los suicidas del fin del mundo*. Conociendo los factores sociales y económicos que afectan el territorio donde transcurre la crónica, podría decirse que, en la localidad de Las Heras casi todas las familias entrevistadas son familias disfuncionales. Se muestra violencia, abusos sexuales, alcoholismo, abandono, embarazos a temprana edad, trabajo infantil, incomunicación familiar y suicidio. Justamente aquello que busca indagar Guerriero a lo largo de su trabajo periodístico es si existen conexiones o explicaciones posibles para comprender la terrible ola de suicidios que ha golpeado a esta población. Su búsqueda la llevará a entrevistarse con las familias que han perdido a uno de sus miembros; así mismo, a hablar con los amigos más cercanos de los suicidas. En uno de los apartados, cuando Guerriero está en el bar “Gigante la bailanta”, una mujer a los gritos dice que no es alcohólica sino borracha, porque tiene un hijo, que quedó embarazada a los trece (110). En otra parte del libro, César Sánchez va a decir que su madre lo tuvo a los trece, que ahí la gente tiene los hijos muy pronto y se pregunta, en forma de chiste, si será causa del clima (128). En la mayoría de los casos, los suicidas suelen mencionar a sus amigos

cosas alusivas al posterior suicidio; pero sus padres no se dan cuenta sino hasta que ocurre, poniendo en evidencia la incomunicación familiar. También hay casos de violencia verbal, abuso sexual y abandono.

Después de estos comentarios generales, pasemos a ver uno de los casos más inquietantes. Se trata de Ricardo Barrios y su madre Mabel. Ricardo es hijo del primer matrimonio de Mabel y fue abandonado por ella junto con otros de sus hermanos. Cuando Ricardo tenía dieciséis años, Mabel fue por ellos y se los llevó a vivir donde un hombre que los golpeaba a todos. Cuando creció Ricardo trabajaba en el petróleo y era portero de un bar nocturno, quería que su mamá dejara al padrastro maltratador; pero ella lo defendía. Veamos lo que sucedió:

El 23 de agosto de 1999, de madrugada, Ricardo entró en la casa y le gritó a su madre que si no dejaba a ese hombre –su padrastro– se mataba.

«Matáte», le dijo ella. Ricardo se quitó el cinto y se colgó de la baranda de la escalera. Todavía no estaba muerto, dicen, cuando Mabel tironeó para descolgarlo, y en la caída se le partió el cuello. (Guerriero 147)

Esta familia es un claro ejemplo de incomunicación, abandono, violencia física y psicológica. Aparte de todos esos factores, se ve como el hijo toma partido en el conflicto y al no tener una respuesta positiva de parte de la madre, decide realizar aquel acto, el que le sugiere su entorno: el suicidio.

De igual manera, el Program for Young Negotiators de Harvard, que visitó Las Heras e hizo un proyecto de resolución de conflictos, encontró en los jóvenes falta de proyecto, apatía, violencia física, situaciones conflictivas con los padres, abuso infantil y prostitución. Todo esto dibuja un claro síntoma de disfuncionalidad familiar presente en la localidad de Las Heras.

Otro de los casos más notables mencionados en el libro es el de Juan Gutiérrez, de 27 años, sin hijos, jugador de fútbol. Se ahorcó en la mañana del 31 de diciembre de 1999. Su mamá le dice a Guerriero lo siguiente:

Desgraciadamente mi Juancito estaba con una mujer de la vida, que trabajaba de noche. Antes él había estado juntado con una chica buenísima que llegó a hacer cosas terribles con ella. Un día le dije «Hijo, por qué sos así con esa pobre chica» y me dijo «por todo lo que pasaste vos, mamá». «No, hijo, a mí no me maltrató una mujer, me maltrató un hombre, vos no tenés que maltratar a una mujer.» «Sí, mamá, pero lo que pasé de chico cuando vos te viniste para acá, eso lo tengo adentro.» Pero a esta muchacha de la noche él la golpeó mucho. Cuando la fui a ver a Caleta me puse a llorar, y ella me miró y me dijo «Vos no llores por mí, porque vas a llorar pronto por tu hijo, te lo voy a entregar en un cajón». Entonces cuando mi hijo se quitó la vida fue como que se realizaron sus deseos, porque ella lo había denunciado y lo iban a encerrar y él decía que antes que lo encierren prefería matarse (Guerriero 219).

La hermana de Juan, Perla, cuenta que su padrastro les pegaba a Juan y a ella; también a su mamá. Dice que de chiquita le tocaba salir corriendo a la comisaría a avisar de las palizas, le daba miedo que ese hombre matara a su madre. Nunca conoció a su padre y de pequeña la mandaban a trabajar. El día del suicidio de Juan, la madre llamó a Perla para que lo calmara, y ella le habló fuerte, la mamá la culpó por el suicidio (Guerriero 219 y ss). Esta familia es otro ejemplo de disfuncionalidad: hay abandono de parte del padre, los niños tienen responsabilidades de adultos desde temprana edad, hay violencia psicológica y física, no se asumen los roles y mucho menos se suplen las necesidades básicas de ninguno de sus miembros. Vemos también la reproducción de la violencia en el caso de Juan, quien, al haber crecido en medio de maltratos, se convierte en un maltratador a modo de venganza. Y lo hace con quién no tiene nada qué ver en su traumático pasado: su pareja.

En el libro que titula *Una historia sencilla*, que de igual forma ha sido reseñado en el capítulo anterior, también se encuentra presente el tema de la disfuncionalidad familiar. Sebastián Sayago,

bailarín de Malambo cuenta que “Su padre se fue de casa cuando su madre estaba embarazada -de él- y Sebastián lo conoció recién a los diez años, cuando el hombre tenía otra familia con tres hijos” (Guerriero 56). En este caso se evidencia abandono familiar por parte del padre. Algo parecido le ocurrió al protagonista, Rodolfo González Alcántara. Su mamá tenía cuatro hijos y era golpeada por su esposo, cuando quedó embarazada del quinto (Rodolfo) su marido le preguntó qué cosa haría con ese niño que no era suyo. Su madre se marchó con sus cuatro nenes y el quinto por nacer.

Rodolfo luego va a decir:

 Mi vieja se separó de mi viejo por mí, no hay otra. Por eso para mí la verdad de mi vieja es de oro. Ella fue todo para mí. Pero ahora, de grande, lo entiendo a mi viejo. Él tenía dieciséis años, era mujeriego, guitarrista. Mi mamá lo amó y le entregó su vida, pero el tipo cuando se quiso acordar tenía cuatro hijos y venía el quinto. Y habrá dicho «ni loco.» Mi mamá tiene la cabeza llena de golpes, y esas cosas son imperdonables, pero ahora yo pienso que no soy quién para perdonar a nadie (Guerriero 80).

En esta familia se manifiesta violencia física y psicológica, además el padre niega al hijo. La madre resuelve alejarse y es así como “salva” de alguna forma a sus hijos y a ella misma. Rodolfo celebra la decisión de su madre, al mismo tiempo que intenta comprender a su padre y no alberga rencor.

De la misma manera, en el libro *Zona de obras*, concretamente en el artículo “La imprescindible invisibilidad del ser, o la lección de Homero”, Guerriero (refiriéndose a una de las crónicas del libro *Frutos extraños*) habla sobre Romina Tejerina, una mujer de veinticuatro años que ocultó su embarazo por miedo a que sus papás la castigarán y apuñaló a su hija recién nacida, producto de una violación. Leila cuenta que Romina le habla de “sus salidas clandestinas a los bailes, de su gusto por las minifaldas, de su padre, que, en ese hogar de tres hijas mujeres, amenazaba con matar a quien quedara embarazada” (Guerriero 169). En otro aparte, la autora se refiere a uno de sus encuentros con Romina de la siguiente manera:

Me invitó al patio de la cárcel y nos sentamos en un tapial bajito. Me habló del hombre que la había violado, de las palizas de su madre, me dijo que estaba tratando de hacer gimnasia porque la panza le había quedado floja, que había parido sola sobre el inodoro y que se había desgarrado como un animal (Guerriero 169).

En esta familia encontramos autoritarismo por parte del padre, amenazas de castigo físico en caso de embarazo, hay falta de comunicación familiar y violencia física por parte de la madre. Se evidencia violencia psicológica y física, ratificando el carácter de una familia no funcional.

De igual importancia, resultan los casos del libro *Frutos extraños*, donde se muestran abandonos, separaciones, amenazas de muerte, resentimiento de los hijos abandonados, autoritarismo de los padres y odio entre familiares. En la crónica “La leyenda de Facundo Cabral”, el protagonista dice recordando: “—Nunca había ido al colegio, vivía peleándome. Odiaba a mi padre. Quería matarlo por habernos abandonado” (Guerriero 136). Se muestra un claro resentimiento por el abandono del padre. En el caso de Martín Murano, hijo de Yiya Murano en la crónica “tres tristes tazas de té” se muestra repulsión hacia la madre: por ser ella mentirosa, por amenazarlo. Le decía que cuando ella muriera caerían sobre él muchas desgracias, también lo llevaba a visitar a sus amantes y lo obligaba a decirles “tío” (183). Se ve presente una clara violencia psicológica, se priorizan las necesidades de los adultos y se recurre a amenazas para atemorizar a los hijos.

Abordado el tema de las familias disfuncionales, continuemos con la siguiente temática que corresponde al capítulo tres: se trata de la evidencia del machismo que se encuentra implícita en el corpus de Guerriero que hemos elegido para comentar en este trabajo.

CAPÍTULO TRES: EVIDENCIA DEL MACHISMO

“Nadie es más arrogante hacia las mujeres, más agresivo o desdenoso, que el hombre que se siente ansioso respecto a su virilidad.”

“El día que una mujer pueda no amar con su debilidad sino con su fuerza, no escapar de sí misma sino encontrarse, no humillarse sino afirmarse, ese día el amor será para ella, como para el hombre, fuente de vida y no un peligro mortal.”

(Simone de Beauvoir)

En este capítulo haremos la conceptualización del machismo, valiéndonos de investigaciones que pertenecen al campo de la psicología, la sociología y la antropología. En un primer momento postularemos definiciones que nos permitan acercarnos al fenómeno del machismo y el rol social de la mujer en diferentes épocas. En un segundo momento exploraremos los rincones donde este fenómeno se pone en evidencia dentro de la obra elegida de la periodista argentina Leila Guerriero.

Un artículo de la revista Estudios sobre las Culturas Contemporáneas de México, define al machismo como una ideología que ampara la superioridad y el dominio del hombre sobre la mujer, exaltando las cualidades masculinas (agresividad, independencia, dominio) y estigmatizando las cualidades femeninas (debilidad, dependencia, sumisión). El machismo tradicional tiene como normas los roles de género donde el hombre es la autoridad y el proveedor económico de la familia. La mujer, en cambio, es la subordinada y la cuidadora de él y de sus hijos (Ramos y Moral 39).

Rodríguez, Marín y Leone en la Revista Latinoamericana de Psicología, explican que el “macho” debe tener algunas características para que se lo considere como tal y no un hombre a medias; las más esenciales son la heterosexualidad y la agresividad. Entre mayor cantidad de compañeras sexuales tenga, más macho se sentirá, ya que esto es un símbolo de prestigio y además engrandece la vanidad masculina. De igual manera, el macho necesita alardear de poseer una mujer y en cuanto la posea, procurará engendrar un hijo. La teoría del antropólogo Oscar Lewis hace referencia a la necesidad que tiene el “macho” de alardear sobre la conquista de mujeres, pero a su

vez se mostrará protector y defensor de sus hermanas, pues ellas deben llegar vírgenes al matrimonio.

Los hombres, a diferencia de las mujeres, gozan de libertad sexual aún en el matrimonio, donde la mujer pasa a ser su propiedad y él se muestra frío y desapegado, para no ser asociado a las características que culturalmente se han calificado de femeninas, tales como el afecto o el amor. También es frecuente que humillen y golpeen a las mujeres, pues su superioridad se los permite. Si la esposa de un macho muestra independencia es negativo, ya que su lugar es en la casa. Para ellos la libertad de las mujeres no existe y los celos son un rasgo característico. No es raro que un hombre celoso golpee o cometa homicidio hacia “su mujer”, no es una conducta aprobada, pero de cierta manera se le espera y “se la comprende” (Giraldo 298).

Para Ángel Rodríguez y Leticia Marín en su ensayo “El machismo en el imaginario social”, el machismo se define como una construcción cultural que crea expectativas de comportamiento y otorga roles a cada género, creando una distinción donde el hombre es superior a la mujer. Esta jerarquización supone entonces:

- a) Una posición social de superioridad física y psicológica del varón con respecto a la mujer b) Como complemento de lo anterior, una actitud de desvalorización de las capacidades de la mujer; y, en consecuencia, c) Una actitud discriminante hacia la mujer en el plano social, laboral y jurídico. De esta manera la mujer ocupa un lugar subordinado y sirve a las necesidades domésticas y sexuales del varón (Rodríguez y Marín 276).

De igual manera, mencionan que el machismo no es un fenómeno puramente latinoamericano, sino extendido en todo el planeta, bajo formas semejantes o ligeramente diferentes dependiendo de la cultura o posición geográfica donde se esté. El machismo donde quiera que se encuentre tiene un rasgo común: la violencia. Se manifiesta en agresiones físicas, psicológicas o sociales de parte del hombre hacia su pareja y se extiende a los demás miembros del grupo: niños o ancianos.

También puede presentarse violencia de la mujer al hombre; pero no es denunciada por él, ya que siempre tratará de ocultar su falta de poderío. El machista es autoritario y agrede a la mujer, pues es así como pretende, inconscientemente, pisotear su propia parte interna femenina que tanto lo acosa y que jamás quisiera que salga a flote. Veamos:

A primera vista pareciera que no tolera algunas características del otro (en este caso la otra) y es cierto, pero también es cierto que esa intolerancia no empieza en el/la Otro/a sino que en todo caso es ese el lugar donde culmina la intolerancia que se inicia dentro del propio individuo actor de la conducta o acción machista, quien, en última instancia, lo que no puede tolerar son los sentimientos ambivalentes que se producen a partir de las contradicciones que surgen entre el varón que se es y que se quiere conservar como tal, con la parte femenina que no es tolerada en sus emergencias conscientes (Rodríguez y Marín 278).

En este artículo se comenta también sobre el movimiento feminista y los aportes que han significado cambios radicales dentro de estas convenciones machistas; sin embargo, dicen, esto parece no haber afectado las definiciones que se tienen de los roles genéricos hombre/mujer ni la desigualdad que se expresa en las relaciones sociales. La educación (formal y familiar) reproduce y refuerza esquemas de valoración y comportamientos con que se ha aprendido a encasillar a mujeres y hombres, por eso el machismo sigue perpetuándose. Esto nos afecta a todos y así lo hacen saber los autores:

Sociedades con sistemas educativos poco flexibles en este aspecto, que presionan fuertemente a sus miembros para que se acomoden a estos modelos, corren serios riesgos de generar en su seno individuos frustrados e insatisfechos. Seguramente siempre habrá varones que, por sus características individuales, no se sientan tan fuertes, emprendedores y agresivos; ni tampoco todas las mujeres se sentirán débiles, sumisas y pasivas como la sociedad espera de unos y otras (Rodríguez y Marín 279).

En un ensayo titulado “La mujer posmoderna y el machismo” se recoge la idea de Gilles Lipovetsky que trata de que la mujer ha pasado por tres paradigmas a lo largo de la historia: el

primero es heredero de los mitos que la caracterizaron como un ser maléfico envidioso, engañoso e inconstante, la mujer fue desvalorizada y despreciada. En este, digamos, “primer momento” también se asignaron los roles desiguales que comentamos anteriormente. El segundo paradigma ocurrió en el siglo XIX, cuando se enalteció a la mujer amada en el código cortés. Se la idealizó, sacralizó y alabó como la luz de la grandeza del hombre. Pero esto no cambió su situación real, la mujer siguió dentro del hogar, sin independencia económica ni participación política. Después vendría el voto y las familias encabezadas por mujeres, donde se alivianó la norma de sumisión femenina respecto al hombre. El tercer paradigma o “la tercera mujer” como la llama Lipovetsky, es la mujer posmoderna que ya no es la mujer hogareña y dependiente. Ahora tiene derecho a divorciarse, a votar, al control sobre la procreación y goza de libertad sexual. Esta “tercera mujer” rechaza el modelo masculino de exceso de trabajo y atrofia sentimental, no envidia el lugar de poder masculino, sino que reconoce la diferencia entre hombres y mujeres. Sin embargo, el poder económico y político aún se encuentra mayoritariamente en manos de hombres. Los antiguos roles parecen llevar las riendas y aunque haya pasado mucho tiempo se sigue asociando a los hombres con la esfera pública y a las mujeres se nos concede la esfera privada. (Daros 109-114)

Hechas estas consideraciones conceptuales, empecemos a examinar en qué lugares de la obra de Guerriero se pone en evidencia el machismo. En el libro *Los suicidas del fin del mundo* encontramos un machismo arraigado desde la raíz. Las mujeres son sometidas y violentadas por papás, padrastros y hermanos; pero a la vez creen que “juntarse” o casarse con un hombre es la meta de su vida, así este las golpee a ellas y a sus hijos. De igual manera, se presentan violaciones de padrastros a hijastras, de tíos a sobrinas y, cuando las víctimas cuentan, no les creen. Hay una negación de la violación, como si aceptar la caída de esa figura superior masculina representara un desamparo devastador. Jessica, la estudiante de trabajo social de *Las Heras* menciona que ahí las

mujeres no se valoran, que solo quieren estar sometidas a un hombre, teniendo hijos desde pequeñas y siendo abuelas a los cuarenta (138). Esto no puede interpretarse como “culpa de las mujeres”, es herencia de una sociedad patriarcal donde los roles de género están muy marcados: la mujer en la casa con los nenes y el hombre trabajando. Vemos que cuando no se cumplen estos roles, viene una represalia y aparecen los celos en el “macho”. Un caso muy concreto de este último aspecto es el de Demetria, una habitante de *Las Heras* que cuenta así su historia:

Con mi primera pareja era una mala vida que vivía. Mal, golpeada, una vida malísima. El motivo de separación fue que la nena que ahora tiene dieciocho años se me quemó cuando tenía un año y ocho meses. Se le cayó una olla hirviendo. Ella corriendo se apoyó y se le volcó la olla.

Demetria se había ido con la nena quemada a Buenos Aires, injerto tras injerto, pero el celoso insistía: que se iba tras el olor de un tipo, de otro. Que a tu hija te la pague tu macho, le dijo un día, y la dejó sola (Guerriero 145).

A este hombre claramente no le importa su hijastra ni su esposa y el motivo de separación de esta mujer no es la violencia ejercida hacia ella o sus hijos. Es él quien decide irse porque el acto de la mujer de salir de casa a auxiliar a su pequeña lo enseguece de celos. Otro caso de machismo es el de Cecilia, una mujer de 47 años residente de *Las Heras*, hermana de cuatro varones y una mujer. Los cuatro hombres estudiaron menos ellas, a Cecilia no la dejaron porque su papá decía que las mujeres no estudian, porque ellas se casan y no necesitan hacerlo, cuenta que muchas personas fueron a hablar por ella porque era buena estudiante, pero su papá no cedió. Cecilia se escapó de su casa a los dieciséis años. Se fue a Buenos Aires a vivir con su hermana porque los hermanos la vigilaban, la asfixiaban, no la dejaban ni mover (153). Cecilia acabó siendo prostituta en *Las Heras*. Este es un fiel reflejo de que la mujer que es posesión del padre, luego de los hermanos, y si no se opone, del marido. Se le prohíbe salirse del rol femenino, así esto implique una obstrucción de su desempeño social, económico y laboral como individuo. Otro de los rasgos

machistas es, como mencionaba anteriormente, la negación al abuso. Veamos lo que cuenta Laura Quevedo, de diecinueve años y que para la época tenía seis:

Mi tío me golpeaba mucho. Nunca había tenido una mujer, nunca salía a ningún lado, no fumaba, no tomaba, era muy estricto. Del colegio a la casa, y las nenas no juegan con los varones, pantalones largos, no te podés reír. Mi abuela era de levantarse temprano y salir a caminar, y una vuelta me desperté y no había nadie, estaba nada más mi tío. Yo el miedo que más tenía era que él me pegara o me haga algo. Me levanté y él estaba en la pieza y me dijo «vení, quiero que me vayás a buscar un paquete de galletitas Rumba». Él estaba en la cama, y me hizo sentar en la cama. Y le dije «De qué te compro, de chocolate o de vainilla». «No, de vainilla» me dijo. «Vení, subite.» Me hizo subir así en las piernas de él...

Las piernas abiertas de él, dijo Laura.

—...me hizo subir y bajar, y yo lloraba, pensaba «Ay, que venga alguien, que golpee alguien la puerta por favor». Yo tendría ocho años. Le decía que no tenía que hacer eso porque era mi tío y él me decía «Más vale que te callés y no digás nada, porque te voy a romper la boca a patadas». Le conté a mi prima que no me creyó, y le conté a mi abuela que me dijo «No, cómo te va a hacer eso tu tío». (Guerriero 104)

Este hombre es un reprimido sexual que a la vez reprime a su sobrina, de ahí las reglas de los pantalones largos o la prohibición de jugar con los niños. La violación de una niña es la manifestación consciente de que el cuerpo femenino le pertenece por el hecho de ser hombre, la amenaza con golpearla si dice algo y, para completar el cuadro criminal del abuso, las otras mujeres que viven con ella no le creen. Viene muy bien la frase de la filósofa francesa Simone de Beauvoir: “El opresor no sería tan fuerte si no tuviese cómplices entre los propios oprimidos”. Y no es una complicidad consciente o directa, es la negación o el miedo a que caiga la figura masculina, porque quizá eso pueda representar un desamparo devastador para las mujeres. Es una complicidad que las mantiene abajo y que pareciera decir que es ahí donde les corresponde estar.

En el libro titulado *Una historia sencilla* también está presente el tema del machismo. Rodolfo González Alcántara, el protagonista de esta historia cuenta lo siguiente:

—Mi vieja se separó de mi viejo por mí, no hay otra. Por eso para mí la verdad de mi vieja es de oro. Ella fue todo para mí. Pero ahora, de grande, lo entiendo a mi viejo. Él tenía dieciséis años, era mujeriego, guitarrista. Mi mamá lo amó y le entregó su vida, pero el tipo cuando se quiso acordar tenía cuatro hijos y venía al quinto. Y habrá dicho: «ni loco.» Mi mamá tiene la cabeza llena de golpes, y esas cosas son imperdonables, pero ahora yo pienso que no soy quién para perdonar a nadie (Guerriero 80).

Rodolfo González reflexiona sobre el abandono de su padre, dice que lo entiende porque era mujeriego y músico. Aquí se pone en evidencia la libertad sexual masculina a pesar del compromiso matrimonial y se lo legitima, también se justifica el abandono porque está claro que, entre música y libertad sexual versus familia, el hombre prefiere lo primero. Se le quita la responsabilidad de padre porque su “naturaleza de macho” se encuentra en otra parte. Otro aspecto es el de la violencia hacia la madre, que tiene la cabeza llena de golpes, pero González se lava las manos diciendo que no es nadie para perdonar nada. Así las cosas, la mujer queda sola con cinco hijos, “en el lugar que le corresponde” según las convenciones machistas, y el hombre se va por su lado sin responsabilidad ni castigo alguno, ni siquiera ético, por parte de sus hijos.

En el libro *Zona de obras*, concretamente en la crónica “El bovarismo, dos mujeres y un pueblo de la pampa” Guerriero hace una crítica a ese rol femenino de “casa, hogar e hijos” como fórmula de vida o de felicidad y se compara a ella misma con una amiga de infancia llamada Luisa, quien siempre fue más recatada y tímida, a diferencia de ella. Luisa dejó los estudios para casarse, tener hijos y atender una farmacia. Luego todo le salió mal y terminó comiendo arsénico. Leila la asemeja con Madame Bovary, quien al principio le parece un personaje decepcionante y luego acaba por ser un símbolo implacable sobre el amor, la humillación y la importancia de las decisiones (25). Veamos:

Yo leí *Madame bovary* a los quince y durante mucho tiempo creí que había entendido mal. Porque la tal Emma no resultó ser el gran personaje literario que esperaba, sino una mujer tan

tonta como las chicas de mi pueblo, que construían castillos en el aire sólo para ver cómo se estrellaban contra la catástrofe del primer embarazo o del segundo empleo miserable (Guerriero 19).

En el mismo libro en el artículo “La imprescindible invisibilidad del ser, o la lección de Homero”, Guerriero habla sobre una de las crónicas del libro *Frutos extraños*, específicamente de “Sueños de libertad” y cuenta sobre sus visitas a Romina Tejerina, la chica que asesinó a su bebé recién nacida producto de una violación:

La primera mañana hablamos de música, de ropa, de pintura para uñas, de novietes y peleas de adolescente. Por la tarde, de sus salidas clandestinas a los bailes, de su gusto por las minifaldas, de su padre que, en ese hogar de tres hijas mujeres, amenazaba con matar a quien quedara embarazada (Guerriero 169).

Aquí se manifiesta el temor del padre ante el embarazo de una de sus hijas, en vez de una pedagogía de sexualidad amenaza con asesinar a sus propias hijas. Cuando violan a Tejerina, ella, antes que contar, prefiere callárselo y encontrar la manera de deshacerse del feto; pero nuevamente encuentra inconvenientes que no la dejan abortar (debe tener autorización de los padres). Es una muchacha con miedo, que ante tales amenazas prefiere hacerse la de la vista gorda ante la panza que empieza a crecer. El cuerpo femenino nuevamente es custodia de otros: del padre o de la ley que no le permiten abortar.

El libro *Frutos extraños* no es la excepción, también ahí está evidenciado el machismo en varios de sus matices. En la misma crónica anteriormente mencionada, se manifiesta el machismo institucional, en este caso del sector judicial en Argentina, así habla Mariana Vargas, la abogada defensora de Romina Tejerina, la chica violada:

—El eje de la fiscal —dice Mariana Vargas— fue que una piba que iba a bailar, que se ponía una pollera corta, en realidad provocaba una violación. Y toda piba que haga eso, que es la mayoría de la juventud, si la violan que se joda (Guerriero 26).

No solo no se juzga al macho que accede sexualmente al cuerpo femenino sin su consentimiento, sino que casi se lo justifica. Este discurso lo que traduce es que el hecho de llevar falda, la convierte automáticamente en responsable del acto violento por parte del agresor. Se reafirma que el cuerpo femenino es propiedad del hombre, convirtiéndolo en objeto de disfrute cuando al hombre así le parezca. Se discrimina a la mujer en el plano jurídico tal como lo dicen Rodríguez y Marín en su artículo “El machismo en el imaginario social”, negándole su condición de individuo.

En la crónica “El rey de la carne” vemos como el personaje principal, Samid, un ganadero con aspiraciones políticas reafirma su rol de macho y habla de la siguiente manera: “—A mí me gusta que la mujer sea mujer y el hombre macho. No me gusta que el tipo se ponga a cocinar, a cambiar pañales” (Guerriero 110). También habla del peligro que representa el cambio de roles: “Ahora todos se separan, porque los roles están cambiados. ¿No vio que cada vez hay más maricones? Yo nunca hice tareas de mujer. Hacer la cama, lavar los platos. Donde el hombre empieza a hacer la cama, todo se va degenerando” (Guerriero 113). Samid jamás lavará un plato porque lo convertirá en maricón, jamás cocinará ni tenderá la cama porque eso le corresponde a la mujer. Dice que por eso es que hay tanto divorcio. ¿Qué pensaría Samid si le dijéramos que todas las mujeres de *Las Heras*, debidamente casadas y haciendo las tareas hogareñas a cabalidad, son apaleadas por sus maridos? Samir es el ejemplo perfecto de macho heterosexual que coloniza a su mujer y la somete a las tareas domésticas porque “así corresponde”. Samid es papá de tres hijos, las dos primeras fueron mujeres, pero la felicidad del varón es notable: “A junior le gustan los aviones. Cuando él nació, después de dos mujeres, Samid no cabía en sí de orgullo: salió de la

clínica con el niño en brazos, vanagloriándose de haber tenido, al fin, su primer macho”. (Guerriero 113). Podría decirse que otro rasgo de ego machista es bautizar al hijo con su mismo nombre, como si el vástago fuera una repetición de sí mismo. Samid es heterosexual, agresivo y dominante, un macho en todo el sentido de la palabra.

En la crónica “El clon de Freddie Mercury”, Jorge Busetto —médico y fan de Queen— quien personifica a Freddie Mercury, cuenta su sorpresa al descubrir que el verdadero Freddy es gay: “—Me hice fanático de un día para otro. Sabía todo de la banda, salvo que Freddie era gay. Me enteré en agosto. Me lo dijo El Colo. Y un mes después, me dijo que Freddie tenía sida. Fue una cosa muy dura porque yo era remacho. Y tenía prejuicio, odiaba a los putos”. (Guerriero 118) Aquí está el rasgo machista que repele toda característica que no corresponda a la figura de macho heterosexual, quizá porque se teme a ser asociado a la parte femenina. Busetto no solamente se aleja de los gays, sino que los odia y los llama despectivamente.

En la entrevista que le hace Ramón lobo a Leila Guerriero ella habla de machismo de la siguiente manera:

RL: Existe un poco de racismo subyacente. Hay países que caen bien y otros que caen mal. Argentina cae mal, mientras que Brasil cae bien. Argentina es la bronca y Brasil es la samba, el fútbol bonito y Copacabana.

LG: Es cierto. También hay un elemento misógino. Las presidentas que caen bien y se respetan son las que tienen un rol y un aspecto casi varonil: Merkel. Bueno, no es que Angela Merkel caiga precisamente bien. O Bachelet, Roussef, que son señoras con su trajecito Chanel. Con la presidenta de Argentina se cargan las tintas. No sé si se le está dirigiendo una mirada algo machista, incluso desde mujeres periodistas. Reconozco que hay muchas cosas que no me parecen buenas y me encantaría que hubiera un espacio donde se hable con comodidad. Se habla con libertad pero sin comodidad (Guerriero *JotDown*).

Guerriero menciona los roles que venimos analizando. Las mujeres con aspecto varonil son las que caen bien, las demás no. Dice que es una mirada machista que se ve reflejada incluso en

las periodistas mujeres, como si ellas mismas no creyeran que una mujer (que no esté vestida de hombre) no mereciera estar en una posición de poder.

De la misma manera en el artículo escrito por Guerriero titulado “Me gusta ser mujer... y odio a las histéricas” publicada en la revista *El Malpensante* y en la segunda división del libro *Frutos Extraños*, se pone en evidencia el machismo de la siguiente manera:

Putas. Eran todas putas. Las que atendían al sodero en bata, las rubias, las viejas que no usaban enagua. Si caminabas moviendo el culo, eras puta. Si volvías a tu casa después de las once de la noche, eras puta. Puta era la que iba al colegio con las uñas pintadas, puta la divorciada y puta la hija de la divorciada.

En Junín, provincia de Buenos Aires, la ciudad donde viví hasta mis 17, la vida era complicada si nacías varón: había demasiadas opciones. Pero si nacías mujer era fácil.

Tenías que tomar una sola decisión: eras casta o eras puta. Y si eras como yo —estudiosa, clase media, hija de padres respetables— se descontaba que puta no, y que te ibas a casar con el himen enterito, si era posible con tu primer novio (Guerriero *El Malpensante*).

Se vuelve nuevamente al estereotipo y a considerar a la mujer un ser misterioso, un ser que es blanco o negro: casta o puta. Se enfatiza en llegar virgen al matrimonio, porque la libertad sexual es un terreno que parece ser meramente masculino. El “recatamiento” femenino muchas veces es por obligación y no por convicción, así lo deja ver Guerriero:

Me piden que escriba sobre lo que me hace mujer. Lo que me ancla del lado hembra de las cosas. Se me ocurre que a) no quiero escribir unos párrafos que pudieran someterse al título «Me gusta ser mujer»; y b) que ser mujer en Junín fue una experiencia cercana a lo vergonzante e imposible de obviar porque allí empezó todo. Yo era un dechado: 11 añitos, moralista, recatada. Mis padres no me dejaban usar tacos altos, ni polleras cortas, ni maquillaje. Mi madre me promocionaba como si yo me mantuviera alejada de las tentaciones por voluntad y no por prohibición.

—Ay, qué grande que está —decían sus amigas, y mamá completaba:

—Sí, es muy madura para la edad que tiene. Madura quería decir que yo no contradecía sus órdenes y que, por lo tanto, nadie me había besado ni tocado y que, aunque a escondidas leyera la Justine del buen marqués y me agarrara bruta calentura, las cosas seguían bien porque nadie se

enteraba. La inocencia iba primero, y no importaba mucho si era real o fingida: importaba lo que estaba a la vista. Y lo que estaba a la vista era yo, tan casta (Guerriero *El Malpensante*).

A propósito de los roles, Guerriero también escribe lo siguiente:

Diego y yo estamos aprendiendo a bailar el tango, y nos gusta, y juro que no sé por qué todos en las clases se sienten obligados a subrayar con una sonrisita socarrona cualquier alusión al machismo tanguero, pero nadie que yo conozca se altera con la publicidad televisiva del pan lactal en rebanadas Bimbo.

Pan Bimbo, toma uno: en un recinto repleto de hombres, una mujer se tapa la corredura de la media antes de levantarse y caminar a sala traviesa; otra muchacha, esta vez en una obra en construcción, habla por su celular mientras, maternalmente, le calza el casco a un obrero que no lo lleva puesto. Escena final: una mujer les sirve rebanadas de pan Bimbo a sus hijos. Una voz en off —de hombre— dice: “Las mujeres cambiaron, pero siguen siendo mujeres”.

Yo no soy una “mujer en rebanadas Bimbo”. A mí no van a darme permiso para hacer lo que quiero siempre y cuando cumpla con el sacrosanto fin reproductivo.

Si le pido a Diego que mencione siete diferencias entre hombres y mujeres dice “Ninguna”, y después dice “Sí, las tetas” y después dice “No, tampoco”, pero todos mis amigos están convencidos de que una madre es más importante durante los primeros años de vida de un crío que un padre.

—Y aparte de la teta, digamos, ¿qué te parece a vos que el padre no le puede dar al chico? —pregunto.

—Muchas cosas —dice mi amigo Juan—. La madre es irremplazable.

Cuentos chinos, digo yo. Excusas para cargarles a las chicas todo el sambenito de la crianza. Prueben, si son hombres, pedir una licencia de tres meses en el trabajo para criar. Una larga carcajada será lo que reciban (Guerriero *El malpensante*).

Leila Guerriero cuestiona la publicidad, donde se muestra a las mujeres lavando platos preparando la comida, etc. El ejemplo del comercial Bimbo es un mensaje directo: “puedes tener una carrera, pero igual tendrás que servir la comida porque es ahí donde te corresponde estar”. Guerriero dice que se niega a ser una mujer que necesita permiso para hacer lo que quiere una vez

cumpla con sus tareas. Luego habla de cómo recae necesariamente sobre la mujer la crianza de los nenes, como si para los hombres estuviese vedado ese terreno.

El machismo pareciera un chiste o un orden lógico de las cosas, pero en estos ejemplos comprendemos que claramente no lo es. Vemos que aleja a los hombres de su lado afectuoso y comprensivo. Estigmatiza a las mujeres y las condena a una sola forma de vida, negándoles otros caminos, como si fueran individuos de segunda clase. El machismo maltrata, viola y golpea con tal de conservar la supremacía del macho, no acepta al otro en su diferencia, sino que se pone por encima. El macho tiene miedo, tiene mucho miedo y por eso es violento, feroz, déspota.

Analizada la evidencia del machismo, tema clave en el interior de la obra de Leila Guerriero, pasemos al último capítulo de este trabajo monográfico que tiene que ver con la forma de escritura de la periodista argentina y que hemos denominado “La narradora que se permite dudar”. Digámoslo así: nos detendremos en ese paradigma de la voz narrativa que no se instala en la absurda búsqueda de la objetividad, sino que entiende que la fiabilidad del periodista tiene que ver con la sinceridad y la honestidad.

CAPÍTULO CUATRO: LA NARRADORA QUE SE PERMITE DUDAR

El periodismo narrativo es un oficio modesto, hecho por seres lo suficientemente humildes como para saber que nunca podrán entender el mundo, lo suficientemente tozudos como para insistir en sus intentos, y lo suficientemente soberbios como para creer que esos intentos les interesarán a todos.

(Leila Guerriero)

En este capítulo exploraremos una de las maneras que tiene Leila Guerriero de concebir el acto de la escritura. Tiene que ver con la duda o “la no-certeza” a la hora de hacer periodismo. En un primer momento, nos apoyaremos en la teoría de Pablo Calvi expresada en el artículo “Leila Guerriero and the Uncertain Narrator” del Ithaca College de Estados Unidos. En un segundo momento, nos referiremos a discusiones sobre periodismo literario escritas por Guerriero y entrevistas que le han hecho; en éstas, efectivamente, se defiende la idea de concebir el periodismo como “una verdad plural” que busca entender al otro y no como una forma de producir una verdad objetiva.

En el artículo de Pablo Calvi “Leila Guerriero and the Uncertain Narrator”, el autor contradice las palabras del escritor Mario Vargas Llosa, quien dice que el periodismo de Guerriero aparte de investigación exhaustiva y trabajo meticuloso tiene un estilo de precisión matemática (Vargas Llosa, *El País*). Para Calvi, por el contrario, el aspecto central del periodismo que hace Guerriero se basa en la aceptación de las limitaciones respecto de la búsqueda de la verdad. Si bien el trabajo investigativo que ella hace es arduo, no es sólo la meticulosidad de su investigación la que lo hace destacar, sino el hecho de evitar que esa meticulosidad pueda ser entendida como un antídoto contra la duda y la incertidumbre. En este orden de ideas, comenta que:

Esta apertura a la vulnerabilidad de una historia hace que su logro sea sobresaliente en un campo enfocado obsesivamente en encerrar lo empírico y entregar lo cierto.

De hecho, como pone de manifiesto el trabajo de Guerriero, el reportaje intenso suele hacer exactamente lo contrario de la precisión matemática y de los hechos cuantificables: cuanto más

aprende un reportero sobre una historia, más se da cuenta de todos los matices, áreas oscuras y, en última instancia, de los elementos incognoscibles que forman parte del conjunto (Calvi 120).

Asimismo, dice que aplaudir a Guerriero por su disciplina es negarle la otra parte subversiva de su trabajo periodístico, que es precisamente la inclusión de la duda y el uso de la voz y la opinión como conectores entre los hechos. Estos hechos y observaciones se filtran en la percepción subjetiva del lector y lo sumergen en la historia hasta alcanzar un punto de verdad proteico; es decir, una verdad relativa e incluso cambiante, aunque no por ello menos fiable.

Calvi propone que uno de los mecanismos de Guerriero es lo que él llama “la narradora incierta” que viene a ser la narradora que “reconoce que cuanto más trata de llegar al fondo de una historia, a los hechos a hueso desnudo, más preguntas aparecen” (Calvi 121). Esto quiere decir que, en una investigación sólida, las fuentes contradictorias van y vienen en la interpretación de un hecho; o sea, se complementan y/o rebaten entre sí, lo cual deja como resultado un juego de posibilidades.

De la misma forma, dice que otro de los mecanismos que utiliza Guerriero es la implementación de la “historia negativa”, la cual no se forma por acumulación de hechos corroborantes, sino por exponer un sistema de hechos contradictorios que interactúan con una facticidad detallada y a la vez con una duda abrumadora, lo que construye un microcosmos frágil pero complementario en sus versiones. Es decir, a Guerriero no le interesa ir en una sola línea para “aclarar el misterio” o producir una verdad objetiva. Al contrario, su propuesta es amalgamar los hechos con versiones contrarias, dudas y opiniones que van a configurar un cuadro de verdad cambiante.

A modo de conclusión, Calvi manifiesta que las historias de Guerriero encuentran espacio para la observación y la voz en los intersticios de la duda. Comenta que como un mortero que une los ladrillos de un edificio, Guerriero vierte su voz e imprecisiones en los huecos de la historia y

que su voz narrativa no se siente externa o impuesta, no revela la historia “ahí fuera”, pero tampoco “construye la realidad” (Calvi 128). Esta es la razón por la cual hemos titulado este capítulo “La narradora que se permite dudar”.

Dicho lo anterior, pasemos a referirnos a los artículos y entrevistas donde se pone en evidencia la manera de concebir el periodismo que tiene Leila Guerriero. En el libro *Zona de obras*, concretamente en “Qué es y que no es el periodismo literario: más allá del adjetivo perfecto” Guerriero habla del periodismo de la siguiente manera:

El periodismo narrativo es muchas cosas pero es, ante todo, una mirada —ver, en lo que todos miran, algo que no todos ven— y una certeza: la certeza de creer que no da igual contar la historia de cualquier manera. La certeza, digamos, de creer que no es lo mismo empezar una charla un martes de julio en Santander diciendo «Estimado público presente, el periodismo narrativo es lo que sigue, dos puntos» que poner el foco en una periodista que se pregunta, que duda, que busca y que no encuentra (Guerriero 31).

Aquí pone de manifiesto que el periodismo narrativo es precisamente algo: buscar y no encontrar, pero, sobre todo dudar. En otro artículo del mismo libro, titulado “¿Cómo/ para/ qué”, Guerriero habla sobre sus razones para hacer periodismo, dice que “Yo diría, por mí, que hago lo que hago porque me gusta. Que hago lo que hago para saciar una curiosidad monstruosa. Y que hago lo que hago para tratar de entender” (Guerriero 111).

En el mismo libro, en el artículo titulado “La imprescindible invisibilidad del ser o la lección de Homero” Guerriero dice: “Cuando entrevisto a alguien, aunque no le crea, le creo, y quiero, sobre todo, escuchar su versión del asunto: no lo que es verdad sino lo que elige contar como verdad” (Guerriero 168). Vemos que no le interesa ir a confirmar un hecho, sino indagar en la verdad subjetiva de la persona sobre el hecho, lo que elige para sí misma como verdad; luego con una amalgama de versiones subjetivas, su voz y su duda, va a configurar un cuadro que intentará poner a disposición del lector y que no tiene más pretensión que entender. Sólo eso.

Dentro de *Zona de obras* también se encuentra “¿Dónde estaba yo cuando escribí esto?”; aquí, respecto al libro *Los suicidas del fin del mundo*, Leila escribe:

Allí, en ese libro que reconstruye las vidas y las muertes de esos doce suicidas y del pueblo en que vivieron, un párrafo dice esto:

«Había escuchado tantas teorías para explicarlo todo. Porque sí, porque no había nada para hacer, porque estaban aburridos, porque no se llevaban bien con sus padres, porque no tenían padres o porque tenían demasiados, porque les pegaban, porque los hacían abortar, porque tomaban tanto alcohol y tantas drogas, porque les habían hecho un daño, porque salían de noche, porque robaban, porque salían con mujeres, porque salían con mujeres de la noche, porque tenían traumas de infancia, de adolescencia, traumas de primera juventud, porque habían querido nacer en otro lado, porque no los dejaban ver al padre, porque la madre los había abandonado, porque habrían preferido que la madre los hubiera abandonado, porque los habían violado, porque eran solteros, porque tenían amores pero desgraciados, porque habían dejado de ir a misa, porque eran católicos, satánicos, raros, estudiosos, coquetos, vagos, petroleros, porque tenían problemas, porque no los tenían en absoluto.

Teorías. Y las cosas que se empeñaban en no tener respuesta.»

Creí que no había falta decir más para decir que la respuesta no estaba entre los vivos. (Guerriero 187).

La no certeza, la abundancia de versiones y opiniones inundan este relato, para decir sin decirlo, que no hay respuesta. Cada suicida tuvo sus razones y así los vivos se empeñen en buscar explicaciones, no hay respuesta, no hay moraleja. Guerriero no es una periodista que va a *Las Heras* con el fin de encontrar el motivo de los suicidios, sino que va a escuchar una serie de verdades subjetivas para crear un cuadro que muestre el clima frente a la desgracia.

En la entrevista que le hace Ramón Lobo a Guerriero en la revista *JotDown*, titulada “Leila Guerriero «El periodismo objetivo es la gran mentira del universo, todo es subjetivo»”, encontramos una cita donde podría decirse que Guerriero no sólo se permite la duda dentro de la narración, sino que también prefiere excluir a los editores y decide aventurarse en la elección de sus temas; veamos:

En el caso de los atletas del folclore era muy difícil convencer a un editor. Era una historia sutil. En cuanto la propusiera la iba a exponer a ser bombardeada por una serie de cuestionamientos para los que todavía no tenía respuestas. Necesitaba asegurar la historia para poder transmitir ese entusiasmo a un editor. Así que fui por mi cuenta sin tener claro si iba a ser una crónica para Gatopardo o un libro (Guerriero *JotDown*).

En la misma entrevista, hablando sobre la primera persona dice:

El último libro lo escribí en primera persona porque había una enorme cantidad de reflexiones. Me producía conflicto la figura de Rodolfo González Alcántara, arriba podía ser una especie de león o animal salvaje y abajo era un tipo más común. Para explicitar ese conflicto, incluso a la hora de contar su historia, era necesario escribirlo en primera persona. También era importante cómo había sido mi encontronazo con la historia. Fui a contar una historia y terminé contando otra, que es la historia de un hombre en un concurso de baile, no del concurso (Guerriero *JotDown*).

De este fragmento pueden destacarse dos aspectos esenciales: primero, que Guerriero amalgama dos maneras de ver al mismo personaje: Rodolfo en el escenario convertido en un animal salvaje, gigante y sudoroso, versus, un hombre bajo y sencillo dentro de un camerino atestado de bailarines. Estos dos focos son, digamos, una representación de esa “verdad cambiante” que propone Calvi y de la que hablamos anteriormente. El segundo aspecto es que Guerriero va al lugar donde ocurre el festival con la idea de contar el festival y termina contando la historia de uno de los bailarines. Deja que la historia la encuentre y no se empeña en conseguir el objetivo en mente, sino que deja la hoja de la curiosidad en blanco para que la realidad la sorprenda. Justamente de eso se trata la pregunta que le hace Ramón Lobo, veamos:

RL: Da la sensación de que muchos periodistas van a la historia con el titular en la maleta. No dejan espacio a la sorpresa, para el proceso de ir a contar una historia y descubrir otra mejor. ¿Nos estamos perdiendo esas historias escondidas con tanta prisa?

LG: Sí, o por lo menos existe ese riesgo. Pero no es algo de ahora, se da bastante en el periodismo. Muchos colegas van a la realidad a confirmar un prejuicio. Alguien saca una nueva

película y las preguntas solo giran en torno a esa película. Los periódicos se han adaptado a las agendas de las discográficas y las editoriales. No hay nada malo en entrevistar a un escritor porque ha sacado una novela, esa puede ser la excusa, pero ¿por qué no tratar de entender la mente que produjo la obra? Me parece interesante que hable de su libro, pero ¿cuál es la vida que lo produjo? Sabemos que Messi es un tipo que no habla. Quien lo va a ver ya sabe que se va a encontrar con un tipo que no habla. Entonces, en vez de quejarse porque Messi no habla, quizás es mejor pedirle al manager pasar una tarde con Messi mirando lo que hace. A lo mejor de esa mirada sobre Messi pueden salir cosas más interesantes que de una charla que confirme que a Messi no le gusta hablar (Guerriero *JotDown*).

Lo que hace Leila es justamente no salir a confirmar un prejuicio, sino estar alerta a encontrar información en lo poco evidente, tratar de entender a esa persona, a esa historia que se encuentra frente a ella. Precisamente, de esas formas de verdad es que se trata la cita que viene a continuación:

Hace poco entrevisté a Aurora Venturini, una escritora platense de más de 90 años. Tres años antes ganó el premio a la nueva novela que daba el diario Página 12 con un jurado prestigiosísimo. Leyeron *Las primas* y pensaron que estaba escrita por alguien de 25 años, totalmente punk, con una escritura revulsiva. Abrieron el sobre y descubrieron a una mujer de 87. Se transformó en un fenómeno literario. Es buenísima. Fui a entrevistarla con la excusa de mujer mayor ganando un premio con una novela que parece escrita por alguien joven. Al marcharme le pedí permiso para sacar fotos a las paredes de su casa, que estaban repletas de fotos, pasajes de avión. Una vida puesta en las paredes. Le dije que no las publicaría, que eran para mí. Al llegar a casa y bajar las fotos, me fijé en una foto chiquitita de una nena con una canastita con flores de plástico, un vestido corto, zapatos rojos, un camafeo. Me sonó la foto. Ojeé el libro *Las primas* y encontré en él la descripción de una nena que se va a sacar una foto. La foto es la foto de la niña de la canasta de flores. Ella tiene un hermano al que llama Canelón porque es deforme, baboso, una malformación severa de nacimiento. La llamé y pregunté si la chica de la foto era ella; me dijo que sí. Aún no tengo claro si Aurora tuvo ese hermano o está inventando su propia leyenda, pero el hecho de que la foto estuviera allí y ella hubiera jugado en el libro con esa foto... Cuando uno sabe mirar surgen líneas narrativas. Al final al lector no le queda claro, igual que a mí, si el hermano existió, si la historia es la de su vida, pero dejas sembrada una duda que me parece más

interesante. La foto me dio la palanca para el punto de vista: la duda de si Aurora contaba una leyenda o era una historia real (Guerriero *JotDown*).

Nuevamente, Guerriero no busca la certeza del hecho; por el contrario, le interesa la singularidad, lo especial que hay en los detalles, en lo que cada persona dice acerca de sí misma. Privilegia la duda ante la “verdad absoluta” porque le parece mucho más interesante. Tenemos ante nosotros una periodista rigurosa, incansable; pero, sobre todo, una narradora abierta a la sorpresa, a los giros de la verdad, una narradora que se permite las maravillas de la duda.

CONCLUSIONES

Este trabajo ha sido un acercamiento a la obra de Leila Guerriero, una de las voces más importantes del periodismo en América latina, de quien se encuentran cantidad de entrevistas, pero escasos análisis de su obra. El caso de Leila Guerriero es típicamente el de una autora de gran prestigio y con una recepción multitudinaria, que, sin embargo, aún presenta un fuerte vacío crítico. En la presente monografía se rastrearon sus libros de crónicas en físico (con excepción de *Plano americano*) de manera detallada y se propusieron tres temas recurrentes (la marginalidad, las familias disfuncionales y la evidencia del machismo); por otra parte, nos hemos ocupado en el último capítulo de este trabajo de la manera más notable de concebir el acto de la escritura (la inclusión de la duda). Este conjunto estructural que ha regido nuestro trabajo crítico viene a configurar lo que el teórico Charles Mauron denomina “mito personal”, que, de un modo más cercano nos hemos permitido denominar a lo largo de la aplicación crítica que aquí se desarrolla como “poética de autor”.

Vimos cómo efectivamente el tema de la marginalidad es evidenciado al estudiar transversalmente la obra de Guerriero. Encontramos seres desprotegidos en condiciones precarias, también vimos cómo los marginados sexuales afrontan los ataques hacia su condición y a veces logran transformarla en compasión con otros marginados. De la misma manera, encontramos a los raros, los que son mirados por su comunidad con recelo, asco, a veces con admiración. Podríamos afirmar que a lo largo de la obra de Guerriero aparece un gran mosaico de excluidos, de aquellos seres humanos que por diferentes razones (como el prejuicio o la injusticia social), reciben un trato despectivo y terminan siendo segregados. Hay, pues, en el trabajo periodístico de esta escritora

argentina un esfuerzo por visibilizar a aquellas personas que la sociedad margina y una decisión por contar abiertamente el drama de dicha marginación.

De igual manera, el tema de las familias disfuncionales es profundamente marcado en las crónicas de Guerriero. Una serie de situaciones conflictivas y dolorosas tiñen las vidas de las familias dibujadas en el interior de la obra. Se dejó ver cómo la violencia y los abusos en el núcleo familiar se perpetúan a lo largo de las vidas de estas personas, configurando sociedades flageladas y desamparadas por las instituciones. Vemos en especial cómo, desde la más temprana infancia, muchas personas deben crecer en entornos agresivos e injustos, lo cual termina marcando la vida de estos personajes como una especie de sino fatal. Muchos de sus protagonistas, hombres y mujeres, deben sortear a lo largo de su vida con las cicatrices y un pasado terrible que suele remontarse a sus primeros años, a la procedencia de las familias mismas.

El tema del machismo también se tornó crucial en la obra de Guerriero, donde se mostraron los roles culturales impuestos a cada género y la supremacía del hombre sobre la mujer. Encontramos hombres agresivos y protectores, alérgicos a cualquier característica femenina; así mismo, mujeres temerosas, dóciles, maltratadas, golpeadas y abandonadas; y otras, que huyeron muy jóvenes de su casa para poder ser. Este “machismo ambiente” es desmantelado por Guerriero a través de una mirada atenta de la cotidianidad que habitan sus personajes. Y lo hace no solo frente a las violencias más evidentes, que van de la agresión física a la humillación, sino también respecto de violencias más sutiles que en todo caso condenan a la mujer a roles subordinados, a destinos trágicos.

Por último, en el apartado final, mostramos una de las formas más notables de concebir la escritura que tiene Leila Guerriero, la inclusión de la duda. Aquí vimos cómo, lejos de pretender llegar a una verdad objetiva, se amalgama lo que cada persona ha decidido contar como verdad y

se entrega un cuadro de verdad cambiante. Esta disposición de sinceridad frente al lector construye una mayor fiabilidad. Guerriero no es la escritura que afirma: “estoy en posesión de la verdad” sino más bien una periodista honesta que deja constancia de sus dudas, de sus inseguridades, de la ambigüedad procedente de la voz tanto suya, como de sus personajes.

En este trabajo se dejaron propuestos temas claves en el interior de la obra de Guerriero, lo que no quiere decir que sean los únicos. Ojalá esta monografía sea un pie para el inicio de muchas más pesquisas sobre el trabajo realizado por la maravillosa periodista argentina Leila Guerriero, cuya obra amerita sin duda una mayor atención de parte de la crítica especializada y académica. Quizá los cuatro elementos que hemos reseñado a lo largo de este trabajo puedan resultar útiles como punto de partida para nuevos análisis y estudios.

Bibliografía

- Bennholdt-Thomsen, Verónica y Garrido, Anneliese. “Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría”. *Revista Mexicana de Sociología*. Oct. – Dic. 1981: pp. 1505-1546. <<http://www.jstor.org/stable/3540058>>. Electrónico.
- Calvi, Pablo. “Leila Guerriero and the Uncertain Narrator”. *Literary Journalism Studies*. 2015. pp. 118-130. Electrónico.
- Corbatta, Jorgelina. “Manuel Puig: mito personal, historia y ficción”. Ediciones corregidor. 2009. Impreso
- Cortés, Fernando. “Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social”. *Revista Papeles de Población*. Enero-Marzo. 2006: pp. 71 – 84. <www.redalyc.org/articulo.oa?id=11204704>. Electrónico.
- Daros, William. “La mujer posmoderna y el machismo”. *Revista de las ciencias del espíritu*. Julio-Dic. 2014. pp. 107-129.
- Domínguez, Inés. “Influencia de la familia en la sexualidad adolescente”. *Revista Cubana de Obstetricia y Ginecología*. 2011: 37(3):387-398. <<http://scielo.sld.cu>> . Electrónico.
- Giraldo, Octavio. “El machismo como fenómeno psicocultural”. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 1972: pp. 295-309. <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80540302>>. Impreso.
- Guerriero, Leila. “Los suicidas del fin del mundo”. Argentina: Editorial Tusquets, 2005. Impreso.
- Guerriero, Leila. “Una historia sencilla”. Barcelona: Editorial Anagrama, S.A, 1991. Impreso.
- Guerriero, Leila. “Zona de obras”. Argentina: Editorial Anagrama, 2015. Impreso.
- Guerriero, Leila. “Frutos extraños”. Madrid: Editorial Aguilar, 2012. Impreso.
- Herrera, Patricia María. “La familia funcional y disfuncional, un indicador de salud”. *Revista Cubana de Medicina General Integral*. 27 (4) 2018: 591-595. <http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-21251997000600013&lng=es&tlng=es> Electrónico.
- Johnson, Peter. “The Marginal Man”. *The Pacific Sociological Review*. 1960. pp. 71-74. Impreso.
- Méndez, Sebastián. “Características de las familias disfuncionales”. *Innatia*. 31 03 (2016). 04 2017 < <http://www.innatia.com/s/c-organizacion-familiar/a-una-familia-disfuncional.html> >. Electrónico.

Monsiváis, Carlos. “De la marginalidad sexual en América Latina: ‘Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos’”. *Debate Feminista*. Oct, 2.009: pp. 127-145. Impreso.

Lobo, Ramón. “El periodismo objetivo es la gran mentira del universo, todo es subjetivo”. *JotDown*. 2013. <<http://www.jotdown.es/2013/11/lei%C2%ADla-gue%C2%ADrrie%C2%ADro-el-periodismo-objetivo-es-la-gran-mentira-del-universo-todo-es-subjetivo/>>. Electrónico.

Ramos, Sandra y Moral, José. “Machismo, victimización y perpetración en mujeres y hombres mexicanos”. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. 2016: pp.37-66. <<http://www.redalyc.org/jatsRepo/316/31646035003/index.html>> . Electrónico.

Rodriguez, Kauth; Marín Leticia y Marie E. Leone. “El machismo en el imaginario social”. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 1993: pp. 275-284. <<http://www.redalyc.org/pdf/805/80525209.pdf>>. Electrónico.

Sin autor mencionado. “7 características de una familia ‘disfuncional’”. *Salud180*. 04 2017 <<http://www.salud180.com/salud-dia-dia/7-caracteristicas-de-una-familia-disfuncional>>. Electrónico.

Vargas Llosa, Mario. “Periodismo y creación: ‘Plano americano’”. *El País*. Mayo, 2013. <https://elpais.com/elpais/2013/05/16/opinion/1368714188_384998.html>. Electrónico.